

VII

Empieza la historia del hijo del sacristan.

—Ya era hora, dirá el discreto lector, porque, después de escribir tanto, aún no nos ha dicho V. otra cosa del hijo del sacristan sino que ahorcaron á su padre.

Verdad es, discretísimo lector, que esta novela lleva una marcha un poco irregular, pero no me parece que sea este gran pecado, puesto que prueba que voy con la época en que escribo, en la cual yo no sé que haya cosa alguna que lleve una marcha regular y lógica.

Por lo demás, á V., señor lector, le importa poco que lleve yo por acá ó por acullá la acción de mi novela, y verdaderamente, con tal de que al fin todos los personajes queden en la situación merecida por su vida y hechos, puedo, me parece, hacer de ellos lo

que me dé la gana. Y así lo haré, y cuando haya de terminar la novela, con matarlos á todos, estamos del otro lado; ellos quedan en buen lugar, que no es mal lugar la tierra de donde salieron, y V. se queda en su casa con la novela, y yo en la mía con lo que me haya producido la venta del libro, si me produce algo, y todos quedamos en paz.

Entre tanto, déjeme V., señor lector, que me ande por donde quiera, y lleve y traiga á los personajes por donde y como se me antoje, y mate al que me estorbe, sin perjuicio de resucitarle luego si me hace falta para mis ulteriores fines, y haga, en fin, lo que me parezca, y avance ó retroceda, segun me conveniga, y lllore ó ria, segun las impresiones que reciba, que en esta novela ha de haber de todo, como en botica, y quiero ensayarme en todos los géneros, lo mismo en el tremebundo y patibulario que en el erótico y amatorio, que en el que llaman *social*, y que se reduce á decir tantas tonterías ó más que en los otros géneros, que en el de costumbres populares, al cual profeso más cariño que á todos.

Y hágase V. cuenta, señor lector apreciabilísimo, de que hasta ahora no he dicho nada, ni más ni ménos que si fuera diputado hablador, ó periodista ministerial, y crea V. que ahora es cuando empieza la curiosa y verídica historia del *Hijo del sacristan*.

El hijo del sacristan era, ya lo saben Vds., hijo de padre pobre, pero ladron, y tuvo la desgracia de no conocer á los autores de sus dias, no por otra cosa, sino porque su madre se murió la infeliz, como ya se

ha dicho, y el padre no se murió, pero le ahorcaron, que viene á ser lo mismo.

Pasaremos por alto, si al lector le parece, el año primero de su vida, y el segundo y áun el tercero, porque en estos tres años no hizo el angelito cosa alguna digna de mencion; verdad es que tampoco le dejaron un punto de sosiego la denticion, la alfombrilla, el sarampion, y todos los alifafes que atacan al hombre cuando no es hombre, y que si le dejan vivo, le preparan la naturaleza para otras enfermedades, cuando ya el hombre es hombre, de las cuales se cura casi siempre, y se muere al fin de una de ellas, á no ser que le suceda lo que al apreciable sacristan, si le da por ser ladron, y áun si no le da, porque tal está el mundo, y tanto nos queremos los unos á los otros, que no es nada extraño que mueran á tiros hombres muy honrados en esas calles, ó que el prójimo quite la vida al prójimo que le estorbe, ó que por meterse en política, y áun por no meterse, le deslomen á uno, ó le cuelguen, ó le dejen sin tapa los sesos; que es cosa de ver la paz y armonía que reinan entre los hombres y la cordialidad con que nos destruimos los unos á los otros, como si esto aprovechara á alguien más que al demonio, que cada día debe ver aumentar el número de los condenados.

A los cuatro años, el niño era un ángel, tierno, hermoso, y toda la aldea tenia que hacer con él, y todas las mujeres se lo querian comer á besos, y todos los maridos pèdian á Dios tener un chico tan guapo como el hijo del sacristan.

En la aldea no odiaban la memoria del sacristan ladron; habian sabido que esta habia sido la profesion principal del pobre hombre; pero como en la aldea no habia hecho daño alguno, y como el señor cura les habia hablado tantas veces del arrepentimiento del reo y de su muerte ejemplar, todos habian compadecido profundamente al ajusticiado, y esta compasion la empleaban tambien en su hijo, y así como que todos aquellos buenos corazones tenian deseo de hacer de aquel niño huérfano, y tan desdichado desde el nacer, un hombre de provecho, y por un delicado y noble sentimiento, todos habian jurado ocultarle siempre su origen y enseñarle á honrar la memoria de su padre.

El niño era lo más *mono* que se pueden Vds. figurar, y toda la aldea estaba loquita con él, y la buena y generosa mujer que se habia encargado de él, la tia Torda, de quien se ha hablado ya al principio de esta historia, como hijo propio lo consideraba, y más que á hijo propio le atendia.

La buena mujer tenia una hija propia, de la misma edad que el hijo del sacristan, y era la cosa más tierna del mundo ver á los dos niños durmiendo en la misma cuna, abrazaditos como dos ángeles; la niña, blanca como el ampo de la nieve, con sus cabellos de oro finísimo, y sus ojos azules de cielo, y su boquita diminuta, en la que habia siempre una dulcísima sonrisa, y el niño, moreno, con sus negros ojos grandes y hermosos, su pelo negro, espeso y brillante, y la expresion atrevida de su fisonomía.

Y se querian mucho los dos niños.

Cuando la madre tomaba en sus brazos á la hija, y dejaba al niño en la cuna, aquella le llamaba con sus manitas, y éste se desgañitaba hasta que la buena mujer le tomaba tambien. Cuando el niño dormia, la niña, á su lado, calladita, no se atrevia ni á respirar siquiera, como si estuviera velando el sueño de su compañero, cosa que no solia hacer éste cuando ella dormia ó queria dormir, que no se lo permitia el arrapiezo, como si ya desde la niñez tuviese la conciencia de su fuerza de hombre y de la debilidad de la niña.

Crecieron los niños al mismo tiempo.

Esta frase hará conocer al discretísimo lector los adelantos que hago en la imitacion de los autores modernos de novelas. Estos autores gustan de decir las cosas de una manera clara y sencilla á la vez que elegante, y nadie me negará que decir que las dos criaturas crecieron á un tiempo es la cosa más clara que pueda haber, y que dificilmente podria hallarse una frase que más gráficamente exprese la idea; porque ¿cómo siendo ambos de una misma edad habia de crecer y adelantar en el camino de la vida uno ántes que la otra, ó la otra ántes que el uno?

Esa frase la habrá hallado el lector en cien mil novelas y comedias, y cuando tantos la han usado, y á nadie se le ha ocurrido censurarla, es señal evidente de que no tiene pero.

Pero lo que sí tiene pero es esto de hacer yo tantas digresiones, interrumpiendo la narracion cuando

me conviene, cosa por de más enfadosa para el lector, cuando el lector se ha interesado algo en la lectura de la novela; solamente que en esto, como en todo, sigo estrictamente la pauta que me han trazado los mismos novelistas modernos, porque creo haber dicho ya que si una novela no tuviera digresiones, por impertinentes que sean, y se fueran á referir los hechos sencillamente, ninguna podría tener las dimensiones que los autores mis maestros acostumbran á dar á las suyas.

Crecieron los niños y siguieron amándose, aunque el amor de la niña era más profundo, más desinteresado que el del niño. Este la amaba, sí, pero la quería sumisa á sus caprichos, obediente á su voluntad: en su amor habia soberbia, vanidad y egoismo; en el amor de la niña no habia más que amor. La pobrecita no se hacia violencia alguna obedeciendo los caprichos de su compañero, sufría los malos modos con que á veces la trataba; si estaba él alegre, alegre y radiante estaba ella, y si le veia enfadado, con cariñosa solicitud iba á desenojarle, y costábale gran trabajo y muchas lágrimas, y no parecia sino que el mal instinto del muchacho gozaba en martirizar á la pobre niña, toda amor y toda abnegacion.

Quando el hijo del sacristan hacia algo malo por imprudencia ó por mal instinto, allí estaba su cariñosa compañera para disculparle, para hacer caer sobre ella la responsabilidad, y él, como si no lo agradeciera, se quedaba tan ufano é impasible, y se guardaba muy bien de tomar á su cargo como debiera la

responsabilidad, de que de tan buena voluntad le salvaba la inteligente niña.

Crecieron más los chicos, cosa naturalísima y que á nadie asombrará, porque si no hubieran crecido más, hubiese sido sin duda por mala organizacion física, y lo que es en cuanto á eso, ambos eran séres verdaderamente privilegiados por la madre naturaleza, que se habia complacido en darles todas las perfecciones físicas que los feos hacemos como que despreciamos, y el que más y el que ménos querria ser un Apolo y tener las narices y los ojos y las orejas sin la más leve imperfeccion, y el talle esbelto, y el pié chiquitito, y la mano fina, larga y pulida. Pero la naturaleza no prodiga sus favores así como así, y para cada hermosura que presenta en el mundo, nos regala cien caras feas como cocos, y si no fuera porque nos da el consuelo del amor propio y de la ignorancia de los defectos propios, y nos hace ver en los demas lo que en nosotros no vemos, habria en el mundo muchos individuos que no se atreverian á salir á la calle, y muchos padres que llevarian á sus hijas con *máscara de hierro*, y no se la quitarian hasta que las hubiesen dado salida, es decir, hasta que las endosaran en matrimonio, y por supuesto, despues de celebrado éste, y cuando ya no hubiera remedio.

La muchacha, enamorada siempre del hijo del sacristan, y éste ejerciendo sobre ella una poderosa influencia, una terrible fascinacion. Era la serpiente que atrae al pajarillo y lo devora.

El cura enseñó á leer á los dos hermanos, y el

chico habia aprendido pronto y bien á escribir y á contar, y luego habia querido aprender más, cosa que no dejó de asombrar á los vecinos de la aldea, entre los cuales, á lo sumo, habria dos que habrian aprendido lo primero, uno *que se habia enseñado* á lo segundo, y todos los demas habian juzgado inutilísima superfluidad la de saber leer y escribir, toda vez que, segun decian, no teniendo pariente alguno fuera de la aldea, no habrian sabido qué hacer de su lectura y su escritura, argumento de tanta fuerza, que puede aplastar á cualquiera.

Pero el hijo del sacristan era lo contrario que los *notables* de la aldea, digámoslo así, porque se me olvidaba decir á Vds. que el alcalde, el alguacil y todas las autoridades pertenecian á la mayoría, es decir, á los que no sabian leer y ménos escribir, y tampoco hubieran sabido contar, si Dios, siempre misericordioso, no les hubiese puesto cinco dedos en cada mano.

El hijo del sacristan leyó todos los libros que pudo hallar, que no los pudo hallar sino en casa del señor cura, el único en la aldea que se permitia tener libros. El muchacho lo leyó todo, lo mismo los libros de puro entretenimiento que habia en la biblioteca del señor cura, que los de teología, y los de historia, y geografía y política.

Y el cura no le iba á la mano en aquella aficion; ántes bien, se congratulaba de ella y queria completar la instruccion que el jóven podia hallar en los libros, explicándole y comentándole ya este pasaje

de la historia, ya aquel versículo de la Biblia, refutándole algún propósito poco moral de alguna obra amena, en fin, procurando formar el juicio del muchacho para que no leyera á tontas y á locas, y pudiera discernir entre lo falso y lo verdadero, entre lo útil y lo perjudicial.

Pero á esto no se prestaba de buena voluntad el ardiente jóven, que tenia impaciencia por saber y no queria que nadie le impusiera ideas, como que se sentia capaz de tenerlas propias, y si por atencion oia al señor cura, con todo el respeto que le profesaba, no le hacia caso maldito y seguia devorando libros, y cuando los hubo leído todos, y algunos dos ó tres veces, el muchacho pensó:

—¿Y qué hago yo aquí?

Y en efecto, para un mozo que habia corrido el mundo, en casa del señor cura, leyendo libros de viajes, estar en aquella aldea era lo mismo que estar condenado á prision celular perpetua; para quien sabia de memoria la historia de la España moderna, ser todo lo más un pobre labrador era poquísima cosa verdaderamente.

Conocer el mundo, verlo todo, saberlo todo, ser hombre importante, tener dinero y honores, estos eran los sueños de aquel jóven, que despreciaba á la gente de la aldea y se creia superior á todos, incluso el señor cura, cuya humildad, modestia y prudente sabiduría contrastaban con la altivez, osadía y vana palabrería del muchacho.

La que estaba encantada era la pobre niña ena-

morada; creía que su compañero era un conjunto de perfecciones; cuando él hablaba, ella le escuchaba con veneracion y arrobamiento; cuando el señor cura le reprendia, la pobrecita niña sufría y casi se indignaba,—¡y qué indignacion habia de caber en aquel puro y tiernísimo corazón!—y cuando alguno elogiaba el *saber* del muchacho, brillaba en los ojos de la niña suprema felicidad, y miraba con amor y respeto á quien tan bien hablaba de su hermano.

VIII

Primera hazaña.

El hijo del sacristan no era ya un chico, era un jóven, un mozo guapo, robusto, lleno de vida, atrevido, demasiado atrevido, que miraba con desden á los demas mozos, como que era más instruido y más vano que todos, y tenia decidida aversion á los trabajos del campo, á los cuales no le podian hacer ir ni las exhortaciones del cura, ni las súplicas de su honrada generosa protectora.

Sabia que no era hijo de ésta; el cura le habia exhortado siempre á orar por los autores de su existencia, pero jamás le habia dicho que su padre tuvo tan desgraciado fin, y el muchacho, oyendo hablar de sus padres al cura, se le metió en la cabeza la idea de que el difunto sacristan del pueblo y su modesta esposa no eran sus padres, sino que lo habrian sido algunos grandes señores, que le dejarían encargado á aquellos, quienes, á su vez, le habrian confiado á la tia Torda y al señor cura.

Esto no tenia nada de particular. Casos análogos habia leído en los libros.

Y de suposicion en suposicion, llegaba el muchacho á figurarse que sus padres, no solamente habrian sido señores, sino señores de muchas campanillas, y aún no tendria nada de extraño que por sus venas corriese sangre real, y algo hubiera dado él por que la sangre real fuese de otro color que la sangre plebeya, en cuyo caso pronto se habria convencido de la verdad.

Esta idea se arraigó de tal manera en su entendimiento extraviado, que era su única y constante preocupacion.

Pero un dia, la casualidad vino á descubrirle la horrible realidad.

Hallábase en el campo, profundamente preocupado, tanto, que aunque habia sacado la escopeta con objeto de cazar algunas codornices, en cuyo entretenimiento habia adquirido una sin igual destreza, no habia cazado todavía ninguna á pesar de

que en aquel sitio habíalas en tal abundancia, que el cazador ménos experto podia, con poco que pusiera de su parte, volver á casa con seis ú ocho de aquellos inofensivos animales.

Paseábase, como digo, pensando en sus grandezas, y no habia reparado en un magnífico perro de caza que le seguia brincando y meneando la cola; el jóven y alegre animal pertenecia á un cazador de gran fama en la aldea, y apénas veia á un hombre con escopeta y demas avíos de cazar, el inteligente perro se deshacia materialmente en muestras de contento y deseo de ayudar al cazador.

El jóven no le hacia caso, y el animal se impacientaba al verle perder el tiempo que podia aprovechar en matar perdices.

Y tanto se impacientó, que comenzó á ladrar, y siguió saltando y alborotando gran trecho, distrayéndole de sus pensamientos.

Al cabo de un cuarto de hora de ladridos, saltos y zarabandas del perro, el hijo del sacristan, cuyo carácter dominante y altivo en toda ocasion se habia de manifestar, encaróse con el perro, se echó la escopeta á la cara, y con tal acierto la disparó, que el animal, dando un aullido espantoso, cayó como muerto; pero pasado un momento, se levantó, dió algunas vueltas, se restregó el hocico contra el suelo, y comenzó á gemir de una manera que hubiera conmovido profundamente á todo generoso y sensible corazon. El noble animal habia recibido en los ojos los perdigones, y estaba ciego.

Dando aullidos corrió desatentado; pero de pronto se detuvo, calló, sofocó su dolor y su horrible pena, meneó la cola, y como si tuviera vista, se dirigió al camino por donde venia su amo, que, ocupado en las faenas del campo, habia oido los aullidos y conocido la voz del perro, y corria á ver lo que le sucedia al que era su único compañero en el mundo.

El perro, con ese poderoso instinto de los de su raza, habia olfateado á su amo, y hácia él se dirigia á pedirle amparo.

No es posible describir la tiernísima escena que tuvo lugar entre el honrado labrador y el perro.

El perro se abrazó á las piernas de su amo, gimiendo como un niño, y lamiendo la, para él, mano bienhechora del amo, y éste, al verle ciego, lloró con indecible amargura, como llora quien pierde en un momento su ventura. Arrodillóse junto al perro, le examinó, le acarició, y el perro le devolvía las caricias, lamiéndole la cara, las manos, el pecho, y parecia como que en aquellos momentos no sentia el dolor ni extrañaba no ver. Estaba al lado de su amo, de su protector, del que con cariño le daba el pan, del que dormia confiado en su vigilancia, del que era su compañero en el mundo, y se sentia tranquilo y consolado.

Puede que alguien se ria de este supremo dolor; pero el que se ria, no sentirá latir nada en su pecho, y verá indiferente, no ya el dolor de un pobre animal, sino el de sus mismos semejantes.

Desconfiad de quien no ama á los animales.

—¿Quién te ha puesto así? exclamaba el pobre hombre, como si el perro le pudiera contestar... y en efecto; le contestó. De pronto se abrazó, por decirlo así, más estrechamente á su amo, volvió la cabeza y comenzó á gruñir de una manera amenazadora.

Su infame asesino se acercaba.

—¡Ah! exclamó el dueño del perro, al ver al hijo del sacristan con la escopeta en la mano, ¿has sido tú, miserable?... ¿qué daño te hacia Leon?...

—¡Toma! me estorbaba, contestó Gil, que ya es hora de decir cómo se llamaba el hijo del sacristan.

Y oyendo su voz, el perro enfurecido se lanzó á él, como si le viera, y Gil se hizo atrás, y cogiendo la escopeta por el cañon, se preparaba á descargar un golpe sobre el animal; pero el dueño del perro se interpuso, y le sujetó y le desarmó.

—Si tocas al perro, te ahogo, le dijo.

Y el perro, al oír la voz de su amo, como si entendiera la amenaza que le dirigia á su agresor, se separó y se tiró en el suelo. Sin duda que el animal conocia lo que pasaba. Su amo iba á castigar al miserable que le habia herido tan cruelmente.

—Suélteme V., tío Cosme, decia el hijo del sacristan, temiendo que aquel realizara su amenaza.

—¡Infame! exclamó el tío Cosme llorando, si no puedes ser bueno; si desde que tienes uso de razon se lo estoy diciendo al señor cura; si eres un malvado, cobarde y ruin; si valia más que te hubieras muerto; si tienes mala sangre...

—Tio Cosme, exclamó el jóven, mire V. que estamos solos.

—¿Y qué?... ¡me amenazas, gran canalla!... Si doy una voz á Leon, ciego y todo como le has dejado, te hace trizas... que es más valiente y noble que tú... Si no sé cómo me contengo... ¿Sabes tú qué has hecho?... Dejar ciego á mi perro, á mi amigo, á mi compañero; es como si hubieras hecho lo mismo con mi propio hermano... Pero si lo he dicho, si no puedes ser bueno, si eres hijo de un ladron, de un asesino, que murió colgado de un palo por mano del verdugo... y tal padre, tal hijo.

Oír esto el endemoniado jóven, y dejar caer la escopeta, y quedar mudo, inmóvil, anonadado, fué cosa de un momento. Todas sus ilusiones habian caído por tierra, su pretendido noble origen era mentira, su padre habia sido un ladron.

El tio Cosme, viéndole humillado, abrumado bajo el peso de aquella revelacion, acercóse á él y le dijo:

—Si tu padre ha sido un ladron, no por eso has de ser tú un mal hombre... Trabaja, sé bueno, piensa en Dios, ten buenos sentimientos de amor y caridad, y el mundo no te echará en cara las culpas de tu padre, que no son tuyas... Haciendo tanto daño á este pobre animal, que nada te habia hecho, á este leal compañero y amigo mio, me has herido en el alma; pero... ve en paz, bastante desgraciado serás si no refrenas tus malas pasiones, si no escuchas en todas las acciones de tu vida otra voz que la de tu capri-

cho, si pretendes imponer tu voluntad á todo el mundo, si la soberbia es tu guía.

Y tomando amorosamente en sus brazos al pobre animal ciego, que lamia á su amo, y parecia no querer manifestar el dolor que sentia cuando podia demostrar el agradecimiento y el cariño que tenia á quien le daba pan y halagos, se alejó el tío Cosme, del cual debo decir que era un hombre honradísimo, que habia servido al rey con más gloria que provecho, y que no tenia nada de tonto, y sabia de mundo mucho más que muchos filósofos de los que se dan tono con sentencias y aforismos que nadie entiende, ni ellos tampoco.

Solo en el mundo, y pobre ademas, no habia encontrado cariño é *interes desinteresado*, más que en un perro, que, recién nacido, fué separado de la madre y arrojado al arroyo desapiadadamente, y allí hubiese perecido, á no recogerlo el tío Cosme, encargándose de criarlo con la más tierna solicitud, lo cual le valia las burlas de muchos; y era tan conocido el afecto que se profesaban el hombre y el perro, que en la aldea, cuando veian al perro, solian decir:—*Ahí va el hijo del tío Cosme*,—broma que de ninguna manera ofendia al pobre cazador, que solia contestar:—¡Cuántos padres hay en el mundo que no tienen tan agradecidos hijos!

Ya puede comprender el lector qué pena tan grande sentiria el hombre viendo ciego al animal, viéndole echado á sus piés, con la cabeza levantada, pero sin poderle mirar con aquellos ojos tan inteli-

gentes y cariñosos. Antes se resignó el animal á estar ciego, que su amo á verle en tan lastimoso estado.

El animal, con ese privilegiado instinto que la naturaleza ha dado á los de su raza, seguia á su amo, le acompañaba sin perderse, y ciego y todo le ayudaba en la caza; en fin, hacia por su amo todo lo que podia.

IX

¡Infame!

Pasaron años: Gil y Teresa, que así se llamaba la compañera de su infancia, tenían ya cerca de veinticinco años. Teresa era una mujer hermosísima, alegría y honra del pueblo, y por ella suspiraban todos los mozos, sólo que ella no suspiraba más que por uno solo, por el endemoniado hijo del sacristan, con quien se habia criado, con quien habia vivido siempre, y esta preferencia daba no poca envidia á los demas; y como nunca faltan malas lenguas donde hay hombres que no son mudos, empezaban á murmurar los más envidiosos de los mozos y las más

envidiosas de las mozas, que las habia que no podian perdonar á la hermosa tener más gracia y atractivos que ellas, y decian que era una cosa muy mal vista eso de vivir ambos bajo un mismo techo, y sobre si los habian visto juntos en la era, ó si la muchacha se ponía flaca ó gorda, hacíanse mil comentarios, que hubieron de llegar á oídos de la madre, que era tan buena madre y celosa de su honra como lo puede ser la princesa más encopetada, y toda asustada, corrió á consultar el caso con el señor cura, su consejero y su protector, en quien tenia ciega confianza la honrada mujer.

—¿Sabe V., padre, que se charla mucho en la aldea? dijo al señor cura.

—Noticia fresca.

—Es que hay muchos chismes y cuentos.

—¡Toma! un pueblo sin chismes ni habladurías no le hay en el mundo.

—Hablan de mi hija.

—¿Y qué pueden decir que no sea en su favor?

—Es que hablan tambien del chico.

—Lo que es de ese algo se puede decir... voluntarioso, altivo y soberbio... bastante tiene para ser desgraciado.

—Mi hija le adora.

—Sensible es que en él haya puesto su amor.

—El la quiere tambien...

—¡Podía no quererla!... Si no quisiera á la que desde niña le ha mostrado tal afecto, á la que siempre le disculpa y siempre quiere hacernos creer que es bueno, sería el mozo una fiera.

—¿Y qué haremos?...

—Hija, casarlos, si los dos quieren...

—El no es bueno.

—¿Quién sabe? Dios hace muchos milagros, y las mujeres hacen algunos; y además, si se casan y tienen un hijo... los hijos, los hijos sí que hacen milagros: vuelven cariñoso y tierno al que es hosco y rudo, y... En fin, hable V. á su hija...

—Si le hiciéramos marchar de aquí.

—Podría ser un remedio, pero también podría ser un mal, porque si á la muchacha se la contraría, si se la separa de él... esas pruebas son muy peligrosas... Una mujer enamorada es capaz de todo, y si no es capaz de hacer nada malo, por lo ménos puede morirse poquito á poco...

—¡Oh! ¡Dios mio!... eso sí que nó... Si V. quisiera hablarla...

—Hija, ya sabe V. que yo quiero siempre hacer lo que se me pide, pero no crea V. que hay autoridad ni razon que valga para una mujer que está decidida á querer á un hombre, aunque éste sea el mayor pillo del mundo... Hay, por desdicha, entre los hombres y las mujeres pocos casos de amor verdadero; pero cuando el amor es verdadero, no hay pasion más dominante y avasalladora, y que más quite la razon y más ciegue los ojos del entendimiento... y el amor de su hija de V. á ese pícaro es verdadero, y no creo que ha de ceder así como quiera... en fin, por probar nada se pierde.

Y en efecto, el bueno del señor cura habló á la mu-

chacha, y como tanto le respetaba y tanto le estimaba, y era el buen sacerdote tan amable y persuasivo, acabó por confesarle con toda sinceridad que estaba enamorada del hijo del sacristan, de su amigo y compañero de la infancia.

El cura, con toda la perspicacia y todo el tino de su experiencia, quiso ponerle de manifiesto los grandes defectos que tenia Gil, y le aconsejó que pensara desapasionadamente los inconvenientes que podia tener para ella su boda con el objeto de su amor, si éste no corregia su carácter, poco á propósito para hacer la felicidad de una mujer.

Pero la muchacha, oyendo con muchísimo respeto al señor cura, y apreciando las verdades que éste decia y la buena intencion de sus paternales consejos, no quedó convencida de ninguna manera. Tenia una razon poderosísima que oponer á todas las sabias y frias razones de su consejero.

Esta razon era que le amaba.

Cuando una mujer ama de veras, ¿quién es capaz de convencerla de que el objeto de su amor es indigno?

Hé aquí las razones que daba la muchacha con los ojos arrasados en lágrimas:

—No me ama como yo á él, pero no importa, yo le amo sobre todas las cosas de este mundo.

Es irascible, ambicioso, brusco, dominante, pero yo le amo.

Me hace llorar y sufrir, pero le amo.

Conoce mi debilidad y mi amor, y abusa de sus ventajas sobre mí, pero le amo.

Acaso me reserva el destino ser con él muy desgraciada, pero yo le amo.

Acaso me abandonará un día, y me moriré de pena, pero yo le amo.

Y háganme Vds. el favor de decirme qué se hace con una mujer que discurre de esta manera.

No hay más medio que decirle:

—Pues, hija, buen provecho te haga, cástate con él y allá te las hayas.

No se lo dijo así el señor cura, que era hombre de evangélica paciencia y singular comedimiento, pero terminada que fué la conferencia que tuvo con la enamorada, quedó convencido de que lo mejor que podia hacerse para que la muchacha no se muriese y la gente murmuradora del pueblo no murmurase más,—es decir, murmurase de otra cosa, porque dejar de murmurar seria imposible,—era ver de casar á los novios, y así se lo dijo á la madre de la chica, quien siendo para bien de su hija, ya no opuso resistencia, y convino con el señor cura en que era la solucion que proponia la mejor y más fácil.

Y ya no faltaba más que hablar á Gil, de lo cual se encargó el señor cura.

Una tarde que salió á dar un paseo y á ver las eras, encontróse con el jóven, y hablando hablando, hizo recaer la conversacion sobre el amor de la muchacha.

—¿Sabes, le dijo, que no mereces que te quiera tanto tu hermana?...

—No es mi hermana, contestó el muchacho.

—Ya lo sé, y por eso digo que no mereces que te quiera, porque si fuera tu hermana, por malo que tú fueses, ella debía quererte.

—Yo también la quiero.

—Pero no como ella á tí; tú la quieres por la costumbre que tienes de verla, porque es la más bonita de la aldea y porque sabes que es buena é inocente como una paloma. Ella te quiere á tí más y mucho mejor que tú á ella.

—No sé qué quiere V. decir, padre.

—Ella te quiere para cuidarte, para vivir por tí, para sacrificarse por tí, para no pensar en nadie más que en tí, para sufrir por tí todas las amarguras, si Dios así lo dispusiera, para hacerte feliz. Esta es su única dicha.

—Es muy buena, ya lo sé.

—Pues si lo conoces, si quieres vivir tranquilo y feliz, es preciso que os caseis, porque estais en la mejor edad para casaros, y hay muchas envidias, y se murmura de vosotros, porque todo el mundo sabe que no sois hermanos... Aquí, con las tierras que tiene la madre de tu novia, con lo que yo te daré, podeis vivir felices, sin ambiciones, sin peligro alguno, sin temor de perder vuestra fortuna, por lo mismo que será escasa; pero ¡cuánto más valen un rincón de tierra seguro que cultivar y una casita donde vivir en el pueblo, que el falso oropel de una fortuna sujeta á mil eventualidades en la ciudad! Vivir con poco, sin necesidades ni deseos, es mejor que vivir con mucho, que se pierde en un día y no se recobra nun-

ca. La modestia, el amor de Dios, de la familia y del trabajo, hé aquí, hijo mio, las únicas bases sólidas de la felicidad.

—Y ella ¿querrá casarse conmigo?

—¿Y tú lo preguntas, sabiendo cuánto y cómo te quiere?...

—¿Y sabiendo que soy hijo?...

Y no pudo continuar, porque las lágrimas le ahogaban, no lágrimas de dolor, sino de ira. El cura lo comprendió todo. Gil sabia quién habia sido su padre.

—¿Quién te ha revelado ese secreto? le preguntó.

Y el hijo del sacristan refirió la aventura del desdichado perro.

—Mal ha hecho el tio Cosme, dijo el cura, en revelar un secreto que habia jurado guardar en su pecho para siempre, pero disculpa tiene, porque tú le hiciste mucho daño. A estas horas estará ya arrepentido, porque él es bueno y generoso.

—¿Y todos lo saben! añadió el jóven.

—Los que lo saben lo han olvidado. Todos prometimos no amargar tu existencia con ese recuerdo terrible; todos te tomamos bajo nuestra proteccion; todos aquí te estimamos, y si tu padre fué un facineroso, yo te aseguro, bajo mi palabra de hombre de bien y de sacerdote, que al morir, Dios le perdonaria, y yo le perdoné en su nombre; y ¡ojalá estés tú á la hora de la muerte tan contrito y reconciliado con Dios como tu pobre padre!... Por eso, hijo mio, porque no quiero que te pierdas, porque quiero que tu padre tenga en el cielo el consuelo de que su hijo es

en la tierra un hombre honrado, deseo que te cases con ese ángel, que aquí vivas y mueras, que aquí formes tu hogar y tu familia. Piénsalo bien: aquí tienes la tranquilidad, la paz, el amor puro, la vida segura y la conciencia en calma... Fuera de aquí, Dios sabe... Y ahora ve en paz... Dentro de cuatro días ve á casa, ve á decirme tu resolución...

—Está bien, padre.

—Yo prometí al tuyo velar por tí, y he de cumplirselo... pero será si tú quieres, si mis palabras sinceras, que son la expresión de mi buen deseo, hallan eco en tu corazón.

—¡Nó! ¡nó! exclamaba el jóven allá á sus solas, no me quedo aquí... Es una infamia la que voy á hacer con esa mujer, una infamia, sí, pero no es posible, no es humanamente posible que yo me entierre para siempre en este pueblo, aquí donde saben la horrible historia de mi padre... Ya me la ha descubierto el tío Cosme... Mañana me la echará en cara otro, y otro día otro, y yo tendré que ahogar á alguno y... ¿quién sabe si tendré el mismo fin que mi padre?... Aquí, el cura lo ha dicho, todos me tienen compasión... Yo no quiero compasión... Quisiera que en un momento desaparecieran del mundo todos cuantos saben el secreto de mi nacimiento... Ya que esto no puede ser, huiré, huiré léjos de aquí, donde no me conozcan, donde nadie repare en mí, donde pueda abrirme camino y vengar á mi padre... Sí; la sociedad mató á mi padre, y yo en la sociedad me quiero vengar. El señor cura no ha debido dejarme leer sus libros, yo

seria un ignorante y me quedaria aquí, pero no, no lo soy, por dicha ó por desgracia mia. ¡A Madrid! Madrid debe ser una gran cosa. Allí nadie repara en las grandezas ni en las miserias, allí todo debe estar confundido, allí habrá una lucha constante en la que vencerá siempre el más audaz. Ese he de ser yo. Allí la riqueza, los honores, las mujeres... allí se pueden satisfacer todas las ambiciones, ocultar todas las infamias bajo la apariencia más virtuosa del mundo; allí está la felicidad, allí la mentira, que es la que necesito, la que me ha de ayudar... Aquí, la verdad desnuda, fria, siempre igual, siempre recordándome mi infamia... Todos los que me ven aquí, dirán para sí: —¡Pobre infeliz! es el hijo del ahorcado.—Esto es horrible para mí... ¡Maldita sea esta aldea miserable!... ¡A Madrid!... ¡En Madrid, la felicidad ó la muerte!... Aquí no quiero la vida.

Tres dias habian pasado desde la conferencia que tuvo el jóven con el cura, y al siguiente debia ir á decirle qué era lo que habia determinado.

Entre tanto, ya se hablaba en el pueblo de la boda que se preparaba, y la muchacha oia hablar de este asunto con muchísimo gusto, aunque cuando de ello le hablaban las otras mnchachas, lo hacian con ciertas reticencias, que claramente demostraban el despecho de que se hallaban poseidas.

Las muchachas solteras del pueblo habrian querido casarse todas en un dia, y este hubiera sido el único medio de que no mortificara á muchas la boda de la que habia encontrado más pronto que ellas acomodó.

Es una debilidad mujeril que debe disculparse.

Los hombres tienen muchas carreras en que elegir, pueden vivir muy bien solteros, hallan quien los quiera, aunque sea á los cuarenta y á los cincuenta años, y aún hallan lo mismo también á los sesenta, si pueden presentar, á la vez que la fe de bautismo, los títulos de propiedad de fincas, ó títulos de la Deuda, ú otro atractivo por el estilo; es decir, que los hombres no tienen por qué tener prisa por casarse.

Pero las mujeres ¡pobrecillas! no tienen más carrera que la del matrimonio, no hallan quien las quiera si pasan de cierta edad, y con la mayor facilidad del mundo se quedan para vestir imágenes, ocupacion que no les halaga mucho que se diga, porque les gustaria más vestir imágenes suyas de carne y hueso, ó sean hijos queridos, que los hijos son la esperanza, el consuelo, el porvenir de las mujeres, y la que ve que se queda soltera, y que no puede tenerlos, legítimamente, se entiende, ha de sufrir necesariamente horrible pesadumbre por haber tenido ménos fortuna que las demas.

Y luego, una mujer que no se casa, vive sola, porque se le mueren sus padres, sus hermanos la dejan, adquiriendo nuevas obligaciones, sus amigas se van casando, y a fin, cuando llega á la vejez, que es la edad en que el hombre y la mujer necesitan más compañía, más cuidados, más cariño, está más sola que nunca... Esto, francamente, es horrible.

Y los que ridiculizan á las mujeres porque quieren casarse, no tienen razon, y hacen una mala accion.

Las mujeres quieren casarse, porque piensan todo eso, porque son más sensibles que nosotros, y más que nosotros necesitan amar y ser amadas, y porque Dios, en su inmensa sabiduría, ha dado á todas las mujeres el sentimiento sublime de la maternidad... y la mujer que no puede ser madre, considera que le falta algo de vida, que es toda la vida, que no cumple su mision en el mundo, que es inferior á las demas mujeres, y sufre, y llora á solas, y si aparenta alegría, si miente satisfaccion y contento, no hay que creerla... quiere disimular, pero Dios y ella saben lo que llora, lo que pena, las tristezas y los dolores que devera.

Y Vds. han de perdonar la digresion, que no es la primera, ni será la última de las que haya en esta novela, pues he advertido, conforme voy soltándome á enjaretar novelas, que de cuando en cuando es muy cómodo para el autor escribir unos cuantos párrafos fuera de propósito y razon, y distraerse un poco del asunto principal, sobre todo si el autor se ha embrollado al desarrollar el argumento del libro de tal manera, que no sabe por dónde salir, cosa que me estoy temiendo ha de sucederme en esta novela al fin y al cabo; pero desde ahora advierto al lector que ya tengo el recurso para hallar salida, como, por ejemplo, matar á los personajes todos de repente, para que no sufran ni ellos ni los lectores. Todavía no estoy en ese caso.

No crean Vds., sin embargo, que esta digresion ha sido tan inoportuna como acaso les puede haber parecido.

En vez de hacer esa digresion podia haber referido una hazaña del hijo del sacristan, en la que tuvo parte la fatalidad sin duda; hubiera podido poetizar la hazaña á que me refiero, que eso y mucho más se permite un novelista avezado á embaucar al lector; pero yo no puedo poetizar infamias, y llamo así todo lo que no es honrado, aunque en ello intervengan el amor, la fatalidad, la ocasion, la pasion y todas las disculpas que sirven de circunstancias atenuantes en ciertos y determinados casos... Yo no hallaba medio de decir á mis lectores, y sobre todo á mis lectoras, una cosa que ya se descubrirá luego, y para no decirla, he escrito en el lugar que debia ocupar la relacion de la hazaña del hijo del sacristan, las reflexiones que ustedes han visto acerca de lo legítimo del deseo de casarse que tienen las mujeres.

El caso fué que la noche anterior al dia en que el señor cura debia saber lo que habia pensado el jóven, éste dijo á su novia:

—Me casaré contigo, que siempre te he querido mucho.

Y hay que hacerle la justicia de que así lo pensaba, y de que así lo queria hacer... mas no lo hizo. El dia siguiente le esperó el cura hasta la noche; por la mañana salió, y en vano le esperaron la que le habia servido de madre y la que era tan dichosa porque iba á casarse con él; Gil no volvió.

El cura, al saber su desaparicion, exclamó:

—¡Infame! ¡infame!

X

A Madrid.

Gil salió de la aldea sin dinero ni cosa que lo valiese, pues no traía otra á Madrid que su propia persona, la cual no valía, en verdad, lo que había costado su bautismo en la parroquia.

Andando, andando, hizo el viaje Gil, que estaba acostumbrado á andar mucho, y también á soportar la fatiga, y á los siete días entraba en Madrid, sin que en el camino le hubiera acontecido cosa digna de mencionarse. Entre los arrieros y trajinantes que había hallado en las posadas y mesones donde se había guarecido de noche, había encontrado alimento, que el jóven tenía sobrado desparpajo para mentir y contar tristes historias de sus sufrimientos, que arrancaban lágrimas á la gente compasiva, y le proporcionaban ora un torrezno, ora media hogaza y algun real de plata; de modo, que quien salió de la al-

dea sin dinero, entró en la villa y córte con 30 rs. en el bolsillo.

Hasta que se vió en Madrid no pensó en su situación; durante el camino bastante le preocupaba la manera de encontrar recursos, y la necesidad de inventar historias con que satisfacer á los que le preguntaban su procedencia y se extrañaban de verle solo.

Huérfano dijo que era, y en esto no mentía, y que venia á Madrid en busca de un tio suyo, hombre poderoso, y que era quien más directa obligacion tenia de protegerle, toda vez que la fortuna de que gozaba se la habia usurpado á su hermano, que era el padre que Dios le habia arrebatado. Y añadió que, por su fortuna ó su desgracia, pertenecia á noble familia, como que entre sus apellidos no faltaban los Haros, Laras, Mendozas y Pimenteles, y otros no ménos ilustres; con cuya historia, que contada por el jóven parecia verdadera, los honrados paletos y los posaderos de conciencia se dolian mucho más de su triste estado, que parece como que siempre causa más lástima ver en miseria al que ha sido poderoso, que á quien es pobre de nacimiento, lo cual, ó yo tengo ménos caletre que un mosquito, ó indica claramente que en todo y por todo se rinde culto al dinero, y que éste es un señor que infande muchísimo respeto.

Entró en Madrid á la hora del medio dia, y andando andando, fué á dar en una plazuela, donde un banco le convidaba á descansar, y allí se dijo lo siguiente:

—Ya estoy en Madrid, ya no me conoce nadie, nadie repara en mí, nadie sabe aquí el horrible secreto que quisiera yo mismo poder olvidar... Ni siquiera he de tener el nombre que me pusieron al nacer, no... Desde hoy me llamo de otra manera... me llamaré Juan... eso es, Juan Rodríguez... No sé dónde he leído que este nombre lo tiene todo el mundo... ¡Pobrecilla! ¡cómo estará á estas horas!... ¡cuánto habrá llorado!... ¡Y el señor cura!... tan bueno, que tanto ha hecho por mí... ¿y mi madre adoptiva?... Ha sido una infamia mi accion... pero ya está hecha... ya no hay medio de deshacer el mal que he causado... Y siendo así, no hay otra cosa que hacer que olvidar... Todo, todo he de olvidarlo... Ya estoy en Madrid, ¿qué haré en Madrid?... Aquellos pobres hombres que están subidos en aquellos palos haciendo una casa, trabajan que es un portento. ¿Cuánto ganarán?... POCO; yo he leído en algun libro que el trabajador gana muy poco... No hay, pues, que ser trabajador... ¡Qué coche!... Nunca he visto cosa parecida, á no ser en estampa... ¿Quién habia de tener coche en aquella aldea miserable?... Si yo tuviera algun dia coche... ¿Quién sabe?... Algun libro de aventuras he leído y me acuerdo que en él habia un muchacho que, entrando en Madrid sin zapatos, habia llegado luego á tener una fortuna, y á igualarse con los nobles, y á privar en las casas principales... ¿Por qué no me ha de suceder á mí lo mismo?... ¡Qué movimiento hay aquí!... Esta es la vida... Aquí se respira mejor... ¡Qué mujeres tan engalanadas, y qué señores tan bien

puestos!... Vergüenza me da estar con esta chaqueta burda; pero no hay más remedio, miéntas no encuentre colocacion.

— Y estando en estas reflexiones, acercósele una señora cubierta con un tupido velo, y le dijo:

—Oiga V., jóven, ¿quiere V. ganarse un duro?

—Sí, señora: ¿qué hay que hacer?... contestó el jóven, abriendo tanto ojo y bendiciendo su buena suerte.

—Es muy sencillo: ¿ve V. esa casa que tiene el número 10?

—Sí, señora; ya la veo.

—Pues sube V. la escalera, y en la última puerta que encuentre da V. un golpe...

—¿Nada más?...

—Saldrá un jóven rubio, ó una señora anciana, y á cualquiera de los dos entrega V. esto, diciendo: Para D. Luis Saavedra... y baja V. sin detenerse ni decir que es una señora la que le envía.

Y le puso en la mano una esquila.

—Pues, ¿qué digo?

—Que es un señor que no sabe V. quién es; pero más vale que no se espere V. á decir nada... ¿V. ha venido de algun pueblo?

—Sí, señora.

—Por eso me valgo de V. Usted no me conoce ni me volverá á ver. V. se volverá al pueblo, ¿no es verdad?...

—Sí, señora, contestó el lugareño despues de pensarlo un momento.

—Bien, pues suba V., y en aquel portal de enfrente le espero. Cuidado con decir quién le ha dado á V. la carta.

—Pierda V. cuidado, señora.

Y en efecto, entró en la casa que la señora le había indicado, subió la escalera, llamó en la última puerta, y nadie le respondió.

Llamó otra vez, y no obtuvo contestacion alguna.

Y se decidió á bajar; pero al bajar pensó el jóven, y se dijo:

—Si devuelvo la carta á esa señora, como quiera que no he podido hacer el servicio que me ha ofrecido pagar, me pagará, sí, pero me pagará ménos... Ella me ha dicho que entregue la carta á una señora anciana ó á un jóven rubio... Bien, pues le digo que he entregado la carta y me quedo con ella... y luego, más tarde, vengo y la entrego... En esto me parece que no hay nada de malo.

Y resuelto ya á mentir, guardóse la carta en el bolsillo, bajó la escalera en cuatro saltos, dirigiéndose al portal donde le esperaba la señora, y dijo:

—Ya está.

—¿Quién ha abierto la puerta? preguntó la señora.

—Una anciana, contestó, y apenas la conociera si la volviera á ver, porque no he hecho más que darle la carta y echar á correr por la escalera abajo.

—Gracias, dijo la señora poniéndole al mismo tiempo en la mano el duro prometido; y con esto, la

señora echó á andar hácia donde tuvo por conveniente, y el jóven se quedó en medio de la calle con su duro en la mano y la carta en el bolsillo; y sucedió que frente por frente habia un establecimiento donde se practicaba la obra de misericordia que consiste en dar de comer al hambriento, solamente que esta obra misericordiosa no se practicaba en aquel establecimiento sino mediante el pago equitativo de lo que se pedia para satisfacer el apetito. No le faltaba al forastero, y más se le abrió desde que tuvo un duro en la mano. Bravamente entróse por la fonda adelante, que era un bodegon, con perdon de Vds., donde comian todos los aguadores de la fuente próxima, los mozos de cordel de la esquina, y algunos pobres vergonzantes, á quienes solia fiar el bodegonero, exponiéndose á chascos muy pesados. Allí comió el mozo de lo mejor que habia, que era un lomo en adobo, procedente de la matanza de años anteriores, y despues de apurar un jarro de vino, pagó el gasto, que solamente ascendió á cuatro reales de vellon, y al devolverle el bodegonero las cuatro pesetas sobrantes del duro que dió á cambiar, dijo para sí:

—Ya tengo para comer cuatro dias.

Y saliendo del bodegon, echó á la ventura por las calles de Madrid, deteniéndose á cada paso como quien de todo se sorprende y todo le parece nuevo y extraordinario, no dejándole de llamar la atencion, sobre todas las cosas, las mujeres, que en nada las hallaba parecidas á las que habia dejado en la aldea; y en efecto, no deja de ser curioso y agradable ver

las mujeres que pasean las calles de Madrid, porque Madrid es, de toda España, el punto donde se reúnen más mujeres de buen ver, toda vez que las hay de todas las provincias más célebres por sus mujeres, y además hay las madrileñas, que reúnen en sí mismas todos los encantos propios del sexo. Me explicaré para que me entiendan Vds. mejor. Las mujeres de las provincias Vascongadas tienen magnífico pelo; las andaluzas tienen los ojos que ya conocen Vds., y los piés que por pequeños é invisibles nadie ha podido ver jamás; las catalanas tienen arrogancia y gallardía; en las gallegas se encuentra extraordinaria perfección de facciones, y nada les digo á Vds. de las valencianas, murcianas y alicantinas, que recuerdan las bellezas árabes que aquellos moros barbarotes dominadores de España tuvieron para su regalo, al decir de las crónicas: las mujeres de Madrid tienen cada una todas esas perfecciones juntas. Y prosigo con mi cuento.

Todo Madrid recorrió el protagonista de esta historia el primer día de su llegada á la corte; andando, andando, llegó á un edificio donde vió entrar gente, sin que el centinela que se hallaba á la puerta pusiera obstáculo alguno, y movido de la curiosidad, entró también, subió por la misma escalera por donde subían los demás, y hallóse al fin en un pequeño recinto, con un balcon al fondo, que daba sobre una especie de patio cubierto, en el cual habia gran número de señores, sentados en cómodos bancos ó yendo de un lado á otro, y allá enfrente, sobre una gradería, varias me-

sas y un trono, y un sinnúmero de cosas, cuyos nombres y significacion ignoraba el forastero. Habíase entrado nada ménos que en el Congreso de los diputados, que se hallaban en aquel momento en sesion; Gil no era nada tímido, y como no podia explicarse nada de lo que veia, creyó lo más oportuno preguntar á un señor que allí estaba en la tribuna sentado y como aburrido, el cual le explicó que aquello era el santuario de las leyes, y que aquellos señores de abajo eran nada ménos que representantes del país, encargados de velar por él y de hacer su felicidad, y que aquellos otros siete padres maestros, que estaban cruzados de brazos en aquel banco azul, eran los siete ministros, ó sean los encargados de la gobernacion y administracion del país, á los cuales ajustaban las cuentas los caballeros sentados enfrente, y los defendian de todo ataque brusco los colocados detrás del banco ministerial. Como el hijo del sacristan no tenia nada de lerdo, pronto se impuso de lo solemne, grave é importante de aquel acto á que por casualidad asistió, y no dejó de halagarle que allí se le dejara entrar á él, pobre y oscurecido paleta, que no significaba más en el mundo que un grano de arena en la mar.

Con profunda atencion escuchó todo lo que dijeron los diversos oradores que tomaron parte en el debate, y cuando se levantó la sesion y tuvo que salir de la tribuna, salió diciendo, ó, mejor dicho, pensando:

—¿Y quién me dice á mí que yo no podré ser uno de esos?

Nadie se lo decia, en efecto; pero si alguien se lo hubiera oido decir, habríase reido grandemente del miserable lugareño.

Era ya de noche: estaba muy cansado y necesitaba descansar, y no sé dónde hubiese descansado, á no hallar, al volver una esquina, un farol que, colgado de un balcon, ostentaba en sus cuatro frentes este letrero:

CASA PARA DORMIR.

Y como esto era entónces lo que le pedia el cuerpo, entró en la casa, dió dos reales que le pidieron, llváronle á donde habia varios camastros, señaláronle uno de ellos, y sin más explicaciones, se desnudó, guardó debajo de la almohada la carta y los catorce reales que le quedaban, y se durmió profundamente.

XI

De cómo en una casa para dormir conviene estar muy despierto.

Hay en este Madrid muchos lugares que son tan desconocidos para la generalidad de sus habitantes como las cataratas del Nilo ó el país de las Amazonas; lugares donde vive, se mueve, se agita y se divierte ó se desespera, una multitud de seres, que forman parte de la sociedad, y que en ninguna sociedad regular tienen cabida; gente *non sancta*, que vive de lo que come y que no tiene modo de vivir; hombres y mujeres que representan dignamente la más ínfima clase de la escala social; enemigos siempre de los que están un escalon más arriba, y que pasarían un buen rato el día en que triunfara el socialismo, aunque para apoderarse ellos de lo ajeno no necesitan más que un buen cuarto de hora de estar donde lo haya.

En el curso de esta novela tendré ocasion de ha-

cer al lector conocer varios de estos lugares y los tipos más salientes de esa clase de la sociedad, nominada populacho, que pulula en todas las grandes poblaciones, y que es verdaderamente digna de estudio.

La casa para dormir donde entró el hijo del sacristan era una de las más favorecidas por la más selecta concurrencia; distinguíala y la dispensaba su confianza, como si dijéramos, la aristocracia de la chusma, y su respetable dueño, bodegonero retirado de los negocios con 20.000 rs. ahorrados que tenia en circulacion en la plaza... del Rastro, y les sacaba un interes de un 500 por 100, era un hombre de responsabilidad y de respeto, á quien miraban con cierta admiracion sus nocturnos huéspedes, los cuales nunca acudian en vano á su munificencia, y le hallaban siempre dispuesto á adelantarles 30 cuartos por la mañana, sin otro interes ni más condiciones que devolverle una peseta entera por la noche, y ademas un real ó dos por la cama, segun que ésta fuese de tijera, ó tablado, ó de hierro, y tuviere sábana y manta, ó sólo el jergon pelado.

Con esta industria ganaba el hombre la vida, y aún tenia otros emolumentos, dedicándose á la venta de tabaco de contrabando, que no era más que de colillas recogidas en las calles y los paseos por celosos dependientes que tenia ocupados en tan honrada faena; pero luego él allá en su casa lo picaba y lo cocía con azúcar y vino blanco, y quedaba un tabaco de lo más delicado que puede conocerse, fumándo-

lo los parroquianos con el mayor gusto, y persuadidos de que al bodegonero se lo traian á su casa directamente desde la Habana los vapores-correos, que así lo aseguraba él, encareciendo el mérito de su mercancía; tambien se ocupaba en el comercio de trapo y hierro viejo, pagando un diario á tres ó cuatro mozállones que recorrian todos los dias las calles de la villa, ofreciendo unos higos que quitaban las penas, á cambio del ya citado trapo y hierro viejo, que, reunido en gran cantidad, proporcionaba despues grandes ganancias al aprovechado bodegonero. Y no cito otros oficios, industrias y comercios que tenia el buen hombre, porque eran de tal especie que no le hacian mucho favor que se diga, y no quiero yo constituirme en delator de nadie, ni cargar con la responsabilidad de que dijeran los lectores, al saber las mañanas del patron de la casa para dormir, que debia ser sin duda un tuno redomado, y, hablando en puridad, aún se quedarian cortos y le harian mucho favor.

La casa para dormir era bastante vieja y bastante grande. En la sala cabian diez camas, ó, mejor dicho, camastros, porque aquellas eran las camas de tercera clase, á real por cuerpo. En estas camas dormian ordinariamente tres ó cuatro arpistas ambulantes, dos ciegos que pedian en la iglesia de San Isidro, un cesante sin haber, un memorialista y un tullido que sólo de dia era tullido.

El gabinete estaba destinado al bello sexo, representado dignamente por alguna que otra criada desacomodada, algunas gitanas averiadas, alguna ama

de cria en busca de ella, soltera y con personas que la abonaban, y una *papelera* (vendedora de periódicos) *deseeparada* de su marido, como ella decia.

En la alcoba de la sala habia camas de segunda clase á dos reales por persona, con mantas y sábanas, y hasta almohada, y en muchos cuartitos que habia en la casa, reservados para personas de cierta categoría, se veian camas algo más limpias, aunque no mucho, que las otras, en las cuales pasaban la noche apaciblemente varios huéspedes constantes, que durante el dia buscaban la vida y de noche se retiraban á aquel albergue, donde no era costumbre pedirles cédula de vecindad ni otro documento alguno de seguridad; y hacia bien el bodegonero en no pedirselo, porque la gente que frecuentaba la casa jamás habia tenido el menor cuidado por cumplir con las prescripciones de las leyes de orden público, ni con las de ninguna otra ley.

Dormido estaba el jóven profundamente, pero como era la primera vez que dormia en una casa para dormir, no estaba acostumbrado á las contingencias de tales sitios, y aunque el cansancio y el sueño le hicieron insensible á las primeras acometidas del ejército acampado en aquel tablado, contemporáneo de los primeros pobladores de España, redoblando sus esfuerzos el ejército invasor, logró al fin despertar al mancebo, que no creyó al pronto sino que le estaban metiendo cien mil agujas en el cuerpo; y no dejó de asustarse, porque al mismo tiempo que sentia aquel picor insoportable, oia un desconcertado con-

cierto de ronquidos, procedentes de sus compañeros de dormitorio.

La oscuridad era completa, y aunque el muchacho no era tímido, siendo la primera vez que se hallaba en aquel lugar, completamente á oscuras, y oyendo tal rebuznar, con perdon sea dicho, no se atrevió á moverse, y ménos á levantarse para huir de aquellos terribles enemigos que le asaltaban, apoderados de todo su cuerpo.

Y en esta triste situacion se hallaba, cuando á su espalda oyó hablar bajo, muy bajo; pero como el miedo tiene el privilegio de abrir los oidos y de hacer oir á cualquiera hasta lo que no se oye, el jóven oyó el siguiente diálogo que tenia lugar en la alcoba; el tabique no era tabique; era simplemente un bastidor de lienzo, y hallándose junto al lienzo la cabecera de su camastro, podia oir lo que hablaban las dos personas que ocupaban en la alcoba otra cama, que sin duda tenia tambien la cabecera junto al lienzo.

—Mañana á las dos, decia uno, se van las señoras á su posesion de Carabanchel.

—No es buena hora de dar el golpe.

—¿Por qué?... Yo tengo ya la llave.

—¿Quién queda en la casa?

—Una criada: las otras y los cocheros van tambien al pueblo.

—¿Hay portería?

—Sí; pero el portero es repartidor de periódicos, y no está nunca en la portería, y la portera está asistiendo á un solteron del cuarto segundo que se halla

de mucho peligro, y á esa hora de fijo que no está en la portería.

—¡Si la criada grita!

—¡Toma! flojo pañuelo tengo yo para taparle la boca.

—¿Y habrá dinero?...

—Treinta mil duros cobró ayer el conde.

—Como no los haya llevado á la Caja de Depósitos...

—No; ni ayer ni hoy: yo no he perdido de vista la casa, he seguido en un coche al del conde, sé qué gente ha entrado allí, y tengo la seguridad de que los tiene en su poder.

—¿Y si los lleva mañana?...

—No, mañana es día de estero en las oficinas, y no se abren estas al público.

—Estás bien enterado.

—¡Pues no! En esta vida que llevamos hay que tenerlo todo en la uña.

—¿Y quién va contigo?

—El Zorro y el Lobo, que nos aguardarán en la esquina, el Tuerto, que estará en la escalera, y tú que entrarás conmigo.

—¿Iremos juntos?

—No, tú debes hacer que te vean sólo por todas partes mañana hasta la hora de dar el golpe, y yo haré tambien lo mismo. Toda precaucion es poca. Si mañana no, que ya estoy yo bien prevenido, podian cogernos un dia ú otro, que no seria la primera vez.

—A mí no, porque con lo que me toque me marcho mañana mismo.

—¿A dónde?

—¡Qué sé yo! A Francia, á vivir *honradamente*; ya estoy cansado de trabajar y de andar á salto de mata.

—Yo no. Yo tengo mucho amor á Madrid.

—Dí que la Chata te sujeta.

—¡Puede!

—Esa mujer ha de ser tu perdicion.

—No me toques ese punto, y no lo lloves á mal

—Conque á las dos.

—A las dos te vas á la calle de Atocha, y delante del escaparate de la tienda del núm. 83 me esperas; la casa del conde está en frente.

—No faltaré.

—No lloves armas.

—¡Hombre! ¿y si ocurre?...

—No; para ahogar á una mujer no se necesitan armas; las armas comprometen siempre; un pañuelo de seda es un arma terrible en nuestras manos, y no compromete.

—Tienes razon.

—La experiencia enseña mucho.

.....
Ni una sílaba de la conversacion de los bandidos perdió el hijo del sacristan, y ya no pudo dormir, pensando en el golpe que aquellos preparaban.

—Van á hacer un robo, se decia, un robo de treinta mil duros... ¡Treinta mil duros! debe ser mu-

cho dinero. En la calle de Atocha, frente al núm. 83, es donde vive esa familia á la que quieren robar... Eso será lo que yo quiera... Es un conde el de los treinta mil duros, un hombre de mucho dinero, un hombre que me conviene mucho á mí, que no tengo quien me proteja, ni quien me dé de comer, ni quien me haga hombre... Ese conde es mi hombre. ¡Ay! cuánto agradezco á los crueles insectos que hay en esta maldecida cama que me hayan acribillado el cuerpo. Sin ellos no hubiese yo oído la conversacion de esos dos ladrones... ¡Ladrones! ¡Ay! ¡como mi padre! ¡y asesinos tambien!... ¿Quién sabe si esta aventura será la base de mi fortuna?...

Ya no durmió más el mancebo, y apenas vió por entre las rendijas de los balcones el vago clarear de la aurora, púsose en pié y se dispuso á salir de aquella casa, no sin recoger ántes la carta que habia dejado debajo de la almohada.

Cuando iba á salir de la hospedería, salió á su encuentro el patron, que le dijo:

—¿Qué tal, buen mozo? ¿Se ha pasado buena noche?...

—Sí, señor; muy buena. Tiene V. unas camas...

—Que no las hay en palacio como ellas.

—Lo creo.

—En mi casa, aunque me esté mal el decirlo, hay aseo y limpieza.

—Sí, señor; ya lo he notado.

—¿Ha venido V. de fuera?...

—Sí, señor.

—¿A buscar acomodo?...

—Sí, señor; me parece que lo he encontrado ya.

—Si no, vuélvase V. por aquí, que yo conozco á lo principal de Madrid, y tengo mano con personas de las más encopetadas. Eso es lo que tiene ser uno un hombre de bien.

—Es claro.

—En mi casa no verá V. nunca los escándalos que en otras, donde los huéspedes son gente de poco más ó ménos; aquí no viene más que gente honrada.

—Ya lo he sabido.

—Cuidado, jóven, con las malas compañías. Si no encuentra V. acomodo, venga á verme, que yo haré por V. lo que pueda... ¡Cuántos jóvenes como usted han venido á esta casa, y me han debido su fortuna!... Si no tiene V. prisa le puedo á V. hacer conocer á dos amigos que han dormido esta noche bien cerca de V., y que hace un año vinieron á Madrid sin conocer á nadie, y gracias á mí, hoy conocen á todo el mundo, y en todas partes se les estima, y nunca les falta un duro en el bolsillo, porque eso sí, á trabajadores y á sacar el dinero á pulso no les gana nadie.

—Pues no me puedo detener.

—Lo siento.

—Pero no tenga V. cuidado, que ya conoceré á esos amigos de V.

—Son dos personas de mi mayor aprecio y estimacion.

—¿Usted los ha puesto en camino?

—Sí, señor; y con V. haré lo mismo.

—Pues volveré á ver á V.

Y salió el jóven de aquella casa, más contento que unas Pascuas, y decidido á hacer valer el secreto de que era poseedor.

Al salir, preguntó á un hombre del pueblo:

—¿Dónde es la calle de Atocha?...

Dióle lo mejor que supo las señas el interpelado, y allá se fué el hijo del sacristan, comiéndose en el camino un panecillo que compró en un puesto, y le supo á gloria.

XII

Una carta, 4.000 reales y otras cosas.

Pensando iba el jóven cómo avisar al conde de la calle de Atocha de la mala pasada que trataban de jugarle aquella misma mañana, cuando, llevándose la mano al bolsillo, tropezó con la carta que, como recordará el lector, le entregó en la calle la señora desconocida, y que él no pudo entregar por no haber

hallado persona alguna á quien confiarla, y se la guardó con propósito de volver á entregarla.

—¿Y qué hago yo de esta carta? se preguntó. Maldito si sé dónde está la calle donde aquella señora me la entregó, ni cómo se llama, y aunque lo supiera, ¿quién sabe si daría con la casa?... Hice mal en no devolver su carta á la señora... Sobre que á mí no me sirve de nada... ¿Qué habrá dentro? añadió, dando vueltas á la carta y mirándola al trasluz; alguna cita sin duda; en muchos libros he leído que las damas principales en Madrid tienen intrigas amorosas y muchos secretos que ocultar á un marido celoso ó á la malicia cortesana, que siempre anda buscando juguetes con que entretenerse. ¡Oh! grandes deseos tengo de entrar en esa sociedad, que tan bien pintada he visto en los libros... Gran favor me ha hecho aquel pobre señor cura de mi pueblo con ser tan ilustrado y tan amigo de los libros viejos como de los nuevos.

Y así pensando y distraído, dió tantas vueltas á la carta que tenia en la mano, que, sin saber cómo ni cuándo, la vió abierta, y viéndola abierta, ¿cómo no habia de ver su contenido?

¿Qué contenia aquella carta?

Poca cosa; un papel que el jóven leyó con asombro. Decia así:

«El Banco de España pagará al portador CUATRO MIL REALES vellon en efectivo.»

—¿Qué es esto? exclamó el jóven... ¡Cuatro mil reales! este es mucho dinero... Yo nunca he visto

cuatro mil reales juntos, pero deben ser una fortuna... Justamente, una fortuna, como que son doscientos duros... *Dice que pagará al portador cuatro mil reales...* El portador es el que lleva este papel... Luego si yo lo llevo, me darán cuatro mil reales... Pero este dinero no es mio, no es mio, es de aquella señora, y yo no debo quedarme con él... porque entónces se lo robo... ¡Ah! ¡qué horrible tentacion!... ¡Si será mi destino que yo sea lo que mi padre!... Pero no, no es un robo quedarme con esta cantidad; yo no la he buscado; yo no sabia que en la carta la habia... Sí; pero debí entregar la carta á aquella señora... Con este dinero, ¿para qué queria yo más?...

Ya habia entrado en la calle de Atocha, cuyo rótulo vió en una esquina, y sin darse cuenta siquiera de lo que hacia, al pasar preguntó á un hombre de bastante mala catadura, que estaba parado en la acera:

—¿Dónde está el Banco de España?

—Aquel es, dijo el interpelado señalando á un edificio grande de la acera de enfrente.

—¡Rara fortuna la mia! pensó el hijo del sacristan, y se dirigió al portal del Banco.

—¿Quieres cambiar, jóven? le preguntó un hombrecillo rechoncho y mal encarado, que habia oido la pregunta de Gil.

—Sí, señor.

—Ahí dentro, ni hoy ni mañana te llega la vez. ¿Traes mucho?

—Cuatro mil reales.

—Al diez por ciento te los cambio yo ahora mismo en la mejor moneda del mundo.

—¿Qué es eso del diez por ciento?

—Que por cada cien reales me darás diez, ya ves que es ventaja, no tienes que esperar ese dinero en seguida, y te puedes volver al pueblo, porque tú debes ser de un pueblo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Conque te voy á contar el dinero.

—Mire V., espere V. un poco; yo le doy á V. cuatro mil reales, ¿no es verdad?

—Tú lo has dicho.

—¿Y V. me da á mí?...

—Tres mil seiscientos...

—Sí, ¿eh? Pues no me conviene.

—¿Crees eso?

—Sí, señor; aunque me ve V. vestido así, yo no soy tonto, y si esperando hoy ó mañana me han de dar cuatro mil reales justos ahí dentro, ya ve V. que no me tiene cuenta hacerle á V. el favor de darle cuatrocientos reales que yo me puedo guardar.

—Ya veo que no te mamas el dedo.

—No, señor, y V. perdone, que voy de prisa, y tengo que hacer en el núm. 83 de esta calle; es decir, enfrente del 83.

—¿Qué dices?... ¿Vas á esa casa?...

—Sí, señor... ¡Qué! ¿hay cola también para entrar?...

—¡Hombre! ¿de dónde has venido?

—De mi pueblo.

—¿Conoces á mucha gente en Madrid?

—A V.

—Tienes trazas de listo. ¿A qué has venido á Madrid?

—A estudiar.

—Harás carrera. ¿Quieres que yo te guie?...

—Me parece que sabré andar solo.

—¿Quieres el cambio?

—¿Al diez por ciento?

—Al seis.

—No, señor; no lo tomo mas que cuatro mil por cuatro mil.

—¿Quieres tomar algo, una chuleta y un vaso de vino? Te convido.

—Mire V., buena falta me hace, pero ahora no, luego, ya nos encontraremos. Ahora voy de prisa.

—Pues si tienes prisa vé, y luego te espero aquí, para que vayamos juntos á tomar algo... Has de ser amigo mio, y te cambiaré el billete, porque, la verdad, ahora no tengo encima bastante dinero, no tengo mas que los tres mil seiscientos... Si los quieres, me dejas el billete y luego te doy el resto.

—No, señor.

—Desconfiado eres.

—En los libros he leído que en la confianza está el peligro.

—Si tú te dejaras guiar por mí, habias de hacer fortuna.

—Veo que hay en Madrid muchos que se interesan por el prójimo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque otra persona con quien he hablado esta mañana, también quiere guiarme, como V., y sin conocerme, como V.

—¿Y quién es?

—Un posadero que Dios confunda.

—¿De qué calle?

—¡Hombre! no sé, yo no sé las calles.

—¿Cómo has acertado con esta?

—Preguntando, aunque no tanto como pregunta V., que hubiera sido un confesor inaguantable.

—Es que hallo en tí no sé qué... ¡vamos! que me interesas, y siento que no te vengas conmigo ahora, pero, mira, en la calle del Tribulete, núm. 3, en el patio, tienes tu casa.

—Gracias.

—Hoy tengo mucho que hacer y no me empeño en acompañarte; pero si me prometes ir á buscarme mañana, yo te aseguro que sin que estudies mucho, has de hacer dinero en Madrid, y te has de dar una vida como un patriarca.

—Lo mismo me ha prometido el otro.

—¿Quién?

—Un hombre que tiene más insectos en su casa que pelos yo en la cabeza.

—¿Conque irás á mi casa?

—Sí que iré.

—En el núm. 3 del patio.

—¿Por quién he de preguntar?

—Por el Zorro.

—¡Bonito nombre!

—Me llaman así porque tengo fama de ser muy astuto, y de que la que á mí se me escape...

—¡El Zorro!... ¡El Zorro!... Yo he oido este nombre y no hace mucho... esta noche, se dijo mentalmente el hijo del sacristan, que en efecto habia oido ese nombre cuando oia en la casa para dormir la conversacion de los dos bandidos.

—¿Has oido ya hablar de mí? le preguntó el Zorro con cierto recelo, al notar en el semblante del jóven así como cierta extrañeza.

—No, no señor.

—No seria extraño, porque á mí me conoce en Madrid mucha gente.

—En mi pueblo habia uno que le llamaban el Zorro porque era muy malo.

—No, pues no me lo llaman á mí por lo mismo.

—Ya lo presumo.

Y al llegar á este punto de la conversacion, llegóse un hombre, de tan mala catadura como el Zorro, á este apreciable personaje, y le dijo:

—¡Hola, Zorro!

—¡Hola, Lobo! contestó el Zorro.

—Vente, que tenemos que hacer, repuso el Lobo.
¿Quién es ese chaval?

—Un amigo, contestó el Zorro.

—Pues acaba y vente.

—Ya hemos acabado. Es un *chavó* que te lo recomiendo, es lo que se llama un muchacho de talento.

—Bueno, pues si quiere ser de la trinca, que vaya á tu casa.

—Ya se lo he dicho.

—Y vente conmigo, que hoy tenemos mucho que hacer, que no se gana el dinero sin *carcular* y sin trabajar de cabeza, que *pa* eso nos ha dado Dios, como quien dice, la mollera y el cacúmen.

Y el Zorro y el Lobo se alejaron del jóven, que se quedó diciendo:

—¡El Zorro! ¡el Lobo!... ¡yo he oido esos nombres!... esta noche, en aquella casa donde he querido dormir y me alegro de no haber dormido, he oido esos nombres... Aquellos dos hombres que hablaban detras de aquella cama endemoniada, hablaron del Zorro y el Lobo, como de dos compañeros suyos y auxiliares en la empresa de hoy... No hay duda que he entrado con buen pié en Madrid... La casualidad guia mis pasos mejor que lo podria hacer nadie.

Y pensando lo que haria para evitar el robo y hacer valer este servicio, llegó al núm. 83 de la calle de Atocha, y se dirigió á una casa grande que estaba precisamente enfrente de la señalada con aquel número, y viendo á la portera que en aquel momento se ocupaba con la mayor solicitud en limpiar la jaula de un perico muy mono, hablóla de esta manera, recordando la conversacion de los dos malhechores:

—A la paz de Dios, buena mujer, ¿cómo está el señor del cuarto segundo?

—¿Quién te envia?

—Nadie. Yo que sé que está malo, y quisiera saber cómo sigue.

—Muy malito.

—¿Y le ha dejado V. solito?...

—Oye tú, ¿quién eres?

—¡Toma! Ya lo ve V., un palurdo... ¿Tiene dinero el enfermo?...

—¡Dinero! ¡dinero!... Si tuviera dinero, no le asistiría yo... porque... ¡Jesús! en buena hora lo diga, á mí por dinero no me mueve nadie... ni á mi marido tampoco, porque *probes semos*, eso sí, pero á *honraos* no nos echa nadie la pata. ¿Estás tú?... Y vete, que voy á dar una escobada al portal.

—Quería preguntar á V. una cosa.

—Pues dila y revienta.

—Aquí vive un conde, ¿no es verdad? un señor muy rico...

—Sí; ¿qué tienes que ver con ese señor?...

—Yo, nada, pero le tengo que ver.

—¿Tú?... ¿Tú tienes que ver á un señor que ha sido ministro y ayuda de cámara de la reina, y comandante de la milicia, y *brocal* de la hermandad de Nuestra Señora del Buen-Parto?...

—Pues apénas es cosas ese señor... ¿Y es muy rico?

—¿Rico? ¡Toma! que ni él mismo sabe lo que tiene... Figúrate tú si será rico que tiene un *amisraor* que cuando entró en su casa era un pobre, y cuando salió tenía ya diez casas en Madrid, y el conde ni siquiera ha notado la falta de lo que el *amis'raor* se le

llevó entre las uñas... Pero ¿á qué santo te estoy yo contando todas estas cosas?... Tú, ¿quién eres? ¿quién te mete donde no te llaman?...

—¿Yo?... Vengo á ver al conde, ya se lo he dicho á V., y á fé que ha de agradecerme la visita, porque vengo á hacerle un favor, el más grande que le han hecho en toda su vida, un favor que ni la misma reina se lo podría hacer.

—¡Jesús!

—Vengo á darle treinta mil duros.

—¡Tú! Oye, ¿te has escapado del Nuncio de Toledo?

—Lo que le tengo que decir es que esta tarde van á venir á robarle.

—¡Jesús me valga!... ¿Y cómo lo has sabido, muchacho?...

—Eso es muy largo de contar. Suba V. á decir á ese señor que yo le quiero ver.

—Pero... ¿es verdad? ¿Van á venir á robar?

—Si le avisamos á tiempo será como si no vinieran.

—¡Ay, Dios mio! ¡Cómo se va á poner de que lo sepa! Suba V., suba V... Espere V... cerraré mi portera, no sea que me quiten mi pobreza...

Y la portera y el hijo del sacristan subieron al cuarto principal, y aquella tiró del cordon de la campanilla.

Abrióse la puerta, y la portera, toda azorada, dijo al lacayo:

—A ver, que tenemos que ver al señor.

—¿Para qué?

—Que hay ladrones en casa.

—¡Jesús!

—No, todavía no, añadió el jóven.

Y en esto abrióse una puerta y apareció en el recibimiento una mujer de peregrina hermosura, que al fijar los ojos en el hijo del sacristan, exclamó sin poderse contener:

—¡Ah!

Y se quedó pálida como la muerte.

El jóven miró tambien á la señora, y exclamó tambien:

—¡Ah!

No era extraño su asombro; jamas habia visto tan perfecta y seductora hermosura.

La mujer más hermosa que él habia visto era su amada de la aldea, aquella pobre compañera de su infancia, á la que tan infamemente habia abandonado, para venir á la córte, impulsado por el demonio de la ambicion que se le habia metido en el cuerpo.

La hermosura de su amada, de su víctima, mejor dicho, era la hermosura dulce, tranquila, suave de la inocencia, una de esas purísimas hermosuras que deben ser el fiel trasunto en la tierra de la hermosura de los ángeles.

La hermosura de la señora que se presentaba á los deslumbrados ojos del jóven no tenia punto alguno de analogía con la hermosura de la aldea. Era una verdadera hermosura cortesana, y naturalmente debia causar profunda impresion en el ánimo del hijo del sacristan. Vestia la noble señora un elegantísimo traje de mañana, y tenia el pelo graciosamente recogido

con cierto desaliño encantador; ajustaba su talle un cinturón de seda, y en su persona, en su sencillo traje, en su ademán manifestaba una perfecta distinción, y una gracia encantadora.

El jóven no dejó de notar la impresión de sorpresa que había producido en aquella señora su presencia, y se la explicó, suponiendo muy natural que una tan alta y poderosa señora como aquella demostraba ser, se sorprendiera á la vista de un palurdo como él, sucio, empolvado, mal vestido; y en aquel momento hubiese dado los cuatro mil reales ajenos que poseía en el consabido billete de Banco, por hallarse vestido de una manera correspondiente á su ambición.

La portera continuó hablando:

—¡Ay! señorita, este jóven dice que nos van á robar, digo, á mí no, que no tengo nada, sino á Vds., al señor conde.

—¿Cómo? preguntó la dama.

—Este mozo lo dirá, que lo sabe: dice que quiere hablar al señor conde...

—¡A mi marido!... ¡Para qué?... exclamó visiblemente contrariada la hermosísima dama.

El hijo del sacristán sintió algo extraño al oír aquella voz.

¿Dónde había oído él aquella voz?...

—Pase V., pase V., buen hombre, añadió la señora abriendo la puerta de una habitación; que lo mismo es que me cuente V. á mí que al señor conde lo que tenga V. que decirnos.

—Estas palabras, dichas en un tono desabrido y un si es no es desdeñoso, hicieron pensar al jóven:

—¿Dónde he oido yo esta voz?

Adelantóse el hijo del sacristan para entrar en la habitacion que le indicaba, y tras él iba á entrar tambien la curiosa portera, y hubiese entrado sin duda, á no detenerla la señora, que de la manera más amable la despidió.

Y hubo de consolarse la portera con ir á contar á todos los vecinos que se trataba de robar la casa del conde, añadiendo detalles horrorosos acerca del plan de ataque resuelto por los perpetradores del robo, que sabia ella de buena tinta, segun decia, que trataban de emplear el escalamiento, la fractura, los narcóticos, el incendio, y así alarmó á todo el mundo, y al cuarto de hora en toda la calle de Atocha no se hablaba de otra cosa que del robo que iba á haber en casa de aquel condenado conde.

Por todo Madrid cundió la noticia de tan inusitado acontecimiento, se puso toda la policia secreta y pública en movimiento, y la gente curiosa se preparó á presenciar algo muy grave.

Los ladrones, que la noche anterior habian combinado el plan para llevar á cabo su intento, supieron la noticia de los primeros, y en los corrillos de la calle de Atocha oyeron referir todos los pormenores del delito que se preparaba, sorprendiéndose no poco de cuanto la gente asombrada referia como cierto y evidente.

Como supondrá el lector, ya no intentaban llevar

á cabo su plan; sentados delante de una mesa de una taberna de la plaza de Anton Martin, discutian acerca del raro caso de haber sido descubierto su propósito de robar al conde, sin habérselo ellos dicho á nadie, y no podian de ninguna manera adivinar cómo y cuándo se habia enterado una persona ajena á su cuadrilla.

Allí se hallaban los dos *industriales* que pasaron la noche anterior en la casa para dormir donde la pasó tambien el hijo del sacristan, y el Zorro y el Lobo, aquellos dos simpáticos personajes á quienes vió el jóven en las inmediaciones del Banco de España.

—¿Quién ha dado el soplo? decia uno de los bandidos.

—Como yo lo llegue á saber, no da otro en su vida.

--Precisamente me han traído á mí un mondadien-tes de Albacete, que estoy deseando estrenarle.

—¿Pues sabeis lo que os digo?

—¿Qué?

—Habla, Zorro, que tú tienes mucho de aquí.

—Pues yo creo, aunque me esté mal el decirlo, que si el ajo se ha descubierto ha sido porque alguno lo ha sabido.

—¡Toma!

—Claro.

—Yo creí que ibas á decir otra cosa.

—Aún no he concluido.

—Pues desembucha.

—El ajo lo ha descubierto uno de nosotros.

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Tampoco yo.

—Pues yo tampoco.

—Pues fuera de nosotros nadie en el mundo lo sabia.

—¿Lo sabia la Chata?...

—Oye, tú, ya te he dicho que no me toques ese punto. La Chata no sabe nada de nuestros negocios, y si los supiera, primero se arrancaria la lengua que contarlos á nadie del mundo.

La Chata es una mujer decente y prudente, una señora, no agraviando lo presente, y si no fuera así no trataria yo con ella, porque aunque ella es guapa y estoy por ella más *chalao* cada vez, soy hombre de pundonor y de vergüenza.

—Pues, oye, la Chata ha sido de la policía.

—Oye, tú, no mezcles nuestros asuntos con las cuestiones políticas... Si la Chata ha sido de la policía, lo ha sido por *mor* de las cosas del gobierno y para evitar la *difusion* de sangre entre los unos y los otros, y á todas horas puede presentar el *decumento* que le largó el *gobernaor*, hablando de sus *iminentes* servicios á la causa del orden, porque sin orden no hay nada; sin orden no se puede robar así como se quiera.

—Oye, tú, no nos vayas á echar un discurso como un diputado... Lo que hay que averiguar es quién de nosotros ha dado el soplo.

—Yo no.

—Ni yo.

—Entónces, nadie me afea, la Chata ha sido.

—Mira, como vuelvas á tomar en boca el nombre de la Chata, te digo que vamos á tener que sentir.

--¿De veras? ¡Puede que me pegues!

—Pegarte no, que soy hombre decente, pero puede que tengamos que andar á navajazos.

—Cuando quieras.

—¡Eh! poco á poco.

—Pues vamos.

—Fuera de la Puerta de Toledo hay un barranco que parece hecho á propósito.

—¡Andando se quita el frio!

—Los cuatro ladrones se levantaron y salieron de la taberna, y discutiendo amistosamente se dirigieron hácia la Puerta de Toledo, decididos dos de ellos á reñir como buenos, en honor de la Chata, famosa mujer que en época anterior habia tenido gran nombre en Madrid, no sólo por su peregrina hermosura, honra del barrio de Maravillas y maravilla de Madrid entero, sino tambien por haber pertenecido al distinguido ramo de la policia secreta, descubriendo no pocas conspiraciones ciertas y algunas falsas, y causando la ruina de muchas familias.

Y si le parece al amable lector, dejaré ahora á los ladrones seguir su camino hácia el campo del honor, vamos al decir, y volveremos á la casa de la calle de Atocha, donde hemos dejado al hijo del sacristan en presencia de aquella hermosísima señora, á quien tengo destinado un lugar muy distinguido en esta novela, si el lector no se opone.

XIII

Una entrevista agradable y un desagradable percance.

La habitacion en que entró el jóven, siguiendo á aquella hermosísima señora, estaba ricamente amueblada.

El hijo del sacristan quedó deslumbrado.

Nunca habia visto lujo parecido, ni tenia de aquello otra idea que lo que habia leido en alguna de las novelas que halló en casa del señor cura.

La señora, despues de cerrar la puerta, le dijo:

—Vamos, hable V., ¿qué tiene V. que decirme? ¿qué encargo le han dado á V. para mí?...

—¿Para V.?... preguntó el jóven con sorpresa.

—Sí; porque presumo que lo del robo será un pretexto que ha tomado V.

—¡Yo! exclamó más sorprendido todavía.

—Puede V. hablar con entera franqueza.

—Pues, señora... lo del robo es cierto.

—¿Cómo?...

—Sí, señora; y he creído que debía avisar al señor conde que vive en esta casa.

—Es mi marido.

Gil refirió á la señora cuanto habia oido casualmente la noche anterior en la casa para dormir.

No dejó de parecer extraña la historia á la condesa, pero habia tal sinceridad en el acento del jóven, que acabó por creer realmente la verdad.

Ademas, el jóven habló del proyectado viaje á Carabanchel, de los treinta mil duros que el conde habia recibido el dia anterior, y dió otros detalles que desvanecieron toda duda en el ánimo de la condesa.

—Mucho agradezco á V., y agradecerá tambien mi marido cuando lo sepa, el interes que, sin conocernos, le hemos inspirado. No iremos á Carabanchel, y los ladrones tendrán el disgusto de no llevarse los fondos que tiene en su caja mi marido. Me ha dicho usted que ha venido de un pueblo, ¿de qué pueblo?...

—Señora, tal aversion tengo al pueblo donde he nacido, que al salir de él olvidé su nombre.

—¿Le sucedió á V. allí alguna desgracia?

—Sí, señora, perdí á mis padres.

—Gran desgracia es, por cierto. ¿Y qué va V. á hacer en Madrid?...

—No lo sé, he venido á la ventura, sin idea fija. Aquí dicen que se suele hacer fortuna. Yo pienso hacerla.

—¡Oh! la fortuna suele huir de quien la busca.

—Hasta ahora parece que es ella la que me busca á mí.

—¿Sí?

—Desde ayer tengo motivos para creerlo así.

—¡Oiga! ¿Qué pruebas tiene V. de que la fortuna le busca?...

—La más evidente es la de haberme proporcionado ocasion de evitar á V. el disgusto que la amenazaba.

—No hablaria mejor que V. uno de los más elegantes cortesanos.

—Señora, me parece natural que extrañe V. el contraste que forman mis palabras y mi traje; pero yo he leído mucho, he devorado todos los libros que he hallado en mi pueblo, y soy por esta circunstancia algo ménos ignorante que lo suelen ser los pobres palurdos, sin instruccion, sin educacion, sin medios de saber, por muchos deseos que tengan de saber.

—La aficion al estudio y á los libros le honra á V. mucho. Si necesita V. alguna recomendacion en Madrid, si ha pensado V. ya qué rumbo le conviene seguir, y puedo servir á V. de algo, lo haré con gusto. Usted ha venido á prestarnos, sin conocernos, un gran servicio á mi marido y á mí, y seria muy grato para mí recompensar á V. de alguna manera, ¿Qué recursos tiene V.?... ¿Quiere V. cambiar de traje?... ¿Quiere V. tener con qué vivir miéntras halla una colocacion de su gusto?...

—Señora...

—Hable V. francamente.

—No sé si debo...

—Sí, hable V. con entera confianza.

—Señora, ayer me sucedió otra aventura.

—¿Otra? preguntó la condesa aparentando cierta indiferencia al mismo tiempo que le salían los colores al rostro.

—Sí, señora.

—Sepamos cuál, si no es un secreto.

—Un secreto debe ser, pero no para V., que tanto se interesa por mí.

—En efecto, me intereso.

—A poco de llegar á Madrid, y cuando vagaba por las calles sin saber á dónde ir, me detuvo una señora...

—¿Una señora?... Siga V., que la aventura debe ser novelesca.

—Me detuvo, y me dijo si queria dispensarla un favor.

—Adelante, dijo la condesa con cierta sonrisa.

—Yo no traia dinero, y ganar algo me precisaba.

—Es natural.

—Me entregó una carta, me señaló una casa inmediata, y me dijo que llamase en el último cuarto, y entregase la carta á la persona que saldria á abrir.

—¿Y lo haria V. como se lo encargó la señora?

—Ahí está el caso...

—¿Cómo?

—¡Que no lo hice!...

—¡Ah! exclamó la noble dama visiblemente contrariada.

—No lo hice; es decir, hice parte del encargo, pero no todo. Llamé en el cuarto que se me indicó, pero como no me respondió nadie, no pude entregar la carta.

—¿Se la devolvería V. á la señora que se la entregó?...

—Ahí está el mal.

—¿No se la devolvió V.?

—No señora, y ahora lo siento. Como tenia necesidad de dinero, me hice esta reflexion: si digo á la señora que no he hecho su encargo, puede que no me pague, ó me pague ménos; pero si la digo que la he servido me pagará bien, y todo queda remediado con volver luego y entregar la carta, si hay ya en esa casa persona á quien entregarla.

—No estaba mal pensado. ¿Volvería V. luego á entregarla.

—No, señora.

—¿Y por qué?

—Porque me alejé despues mucho de aquel sitio y me ha sido imposible recordar la casa y la calle.

—¿Y nada más?

—Aún hay más, señora.

—¿Qué más puede haber? ¿Tendrá V. la carta en su poder?

—Eso es lo malo.

—¿Y cómo va V. á cumplir el encargo que se le hizo?

—No lo sé. Esta mañana, no sé cómo, se me abrió la carta.

—¡Ah!

—Y en ella habia...

—¿Qué? ¿alguna misiva amorosa?...

—No, señora.

—¿Algun papel importante?

—Importante 4.000 rs. Aquí está.

Y sacó el billete de Banco.

La condesa procuró dominar su emocion á la vista de aquel billete.

—¿Qué hago con esto?

—¿Y qué quiere V. que yo le diga?...

—¿He cometido una mala accion?

—No es muy buena.

—¿Qué haré para remediarla?

—Dificil es el remedio. Uno hay que depende de la casualidad.

—¿Cuál?

—Si encuentra V. alguna vez á la señora que entregó á V. el dinero...

—¡Oh! no la conoceré. Cubria su rostro un espesísimo velo, y me seria imposible reconocerla, á no ser que la viese con el mismo traje y con el mismo velo.

—Eso no es fácil.

—Así lo creo. Este dinero no es mio, ¿qué hago con él?

—Devolverlo á aquella señora seria lo natural, pero como quiera que no sabe V. quién sea, no es posible que lo devuelva V.

—Si V. la conociera...

—¡Yo! ¡qué idea!

—Voy á ser franco con V.: aquella señora tenia una voz muy parecida, más que parecida, igual á la de V.

—¡Jesús! exclamó la señora sonriéndose.

—Cuando he oido, al entrar en esta casa, la voz de V., he creido oir la misma voz que ayer, en la calle, me dió aquel encargo.

—Se ha equivocado V., dijo severamente la condesa, lanzando una mirada terrible al atrevido mozo.

Este bajó los ojos y comprendió que aquella señora se habia enojado más de lo natural.

—Jóven, añadió la condesa con acento ménos severo, doy á V. muchas gracias por el servicio que nos ha hecho denunciándonos ese robo que se preparaba, y, en nombre de mi marido, tengo el placer de ofrecerle esta corta cantidad...

Y la señora sacó de un secreter un billete de 1.000 reales y se le quiso dar al jóven.

Este se negó á recibirle.

—Señora, dijo, no he venido á esta casa por dinero, ó, para ser más franco, si al principio he podido traer la intencion de recibir una gratificacion, ahora, despues de haber hablado con V., no, no es posible que yo reciba de V. ese dinero.

—¡Oiga!... Es V. orgulloso.

—Señora, no tengo todavía motivos para serlo.

—Vaya V. con Dios, y él le dé buena suerte en Madrid.

—Así lo espero.

Y el hijo del sacristan salió de aquella casa, lleno de confusiones, aturdido y... enamorado.

Aquella mujer habia hecho profunda impresion en su alma.

Hacia la plaza de Anton Martin se dirigia, pensando en aquella mujer que tan amable le habia recibido y tan agria le habia despedido, cuando sintió que le cogian fuertemente por el brazo.

Volvió el rostro, y vió que el que le habia cogido era ni más ni ménos que el cambiante de billetes de Banco, que tan ventajosas proposiciones le habia hecho aquella mañana para el cambio del billete de 4.000 rs.

—¡Hola! amigo, le dijo.

—¿Qué quiere V.?

—Nada; te ví venir por la calle arriba, y como me has gustado tanto, te voy á convidar... Tengo en mi casa, que ya es tuya, un almuerzo que te ha de gustar.

—No puedo ir.

—Sí, hombre, no me desaires.

—No, señor; déjeme V., dijo el jóven, procurando desasirse de aquel hombre que le apretaba cada vez con más fuerza.

—Mira, no hagas esfuerzos para escapar, porque no te he dejar. Conmigo has de venir á mi casa.

—No quiero.

—Pues yo sí.

—¿Quién es V.?

—Ya te lo dije esta mañana.

—Pues no voy; y quiso otra vez desasirse.

—Es inútil, vienes conmigo; y no temas, que no te

vamos á comer yo y los amigos que nos están esperando en casa.

El hijo del sacristan hubiera huido de buena gana, pero conoció que le era imposible.

No dejó de chocarle la insistencia de aquel hombre en llevarle sujeto, y comprendió que algun peligro le amenazaba, pero como no era cobarde, se prometió que, ayudado de su buena suerte, saldria bien de la nueva aventura que se le presentaba.

Pronto veremos lo que le aconteció.

.....

XIV

La casa de la calle del Tribulete.

Gil no acompañó de muy buen grado á aquel hombre.

Pero como el hombre no le soltó y parecia dispuesto á obligarle á sufrir su agradable compañía, no tuvo más remedio el jóven que andar y callar.

Llegaron á la calle del Tribulete.

La casa en que entraron recordaba los tiempos más remotos que pueden Vds. imaginarse; debia ser

a primera casa edificada en Madrid, tal era de vieja, torcida, destartalada y fea.

El portal estaba empedrado caprichosamente con guijarros muy bonitos, que hacían ver las estrellas y todo el sistema planetario al infeliz que ponía los pies sobre ellos; entrábase por un pasillo largo y estrecho, todo colgado ricamente de arañas, y regado higiénicamente por las aguas, que no tenían nada de cristalinas, que de cierta alcantarilla mal compuesta salían juguetonas y se deslizaban sin murmullo, pero con un olor de todos los demonios, por el patio y el portal adelante hasta el arroyo de la calle.

Después de recorrer el interminable pasillo del portal, se llegaba á un patio, que recordaba los patios de la Alhambra, porque no se parecía en nada á ellos. Era el patio cuadrado, y estaba empedrado por el mismo sistema económico que el portal, y en medio se levantaba orgulloso un pozo elegante, cuyo brocal, en ruinas y escombros, hacía pensar al erudito y al arqueólogo en la corte del rey que rabió, en cuyo tiempo debió inaugurarse el pozo en aquel patio. La planta baja de la casa se componía de veinticuatro habitaciones, cuyas puertas daban al patio, y que no recibían otra luz que la que les entraba por dichas puertas, que á la verdad no era mucha, ni tampoco muy clara, por lo cual aquellas habitaciones eran de la mayor conveniencia para personas que tuviesen los ojos malos ó fueran ciegas.

La vecindad que ocupaba la planta baja de aquella casa era por todo extremo selecta y distinguida.

Allí pasaban esta vida miserable las familias siguientes; que todas merecen una mención honorífica en esta novela:

Un sargento retirado con sus honores y su mujer, cantinera retirada, también condecorada con varias cruces de distinción; este matrimonio era un modelo de matrimonios malos y dejados de la mano de Dios, toda vez que todo el santo día estaba el sargento riñendo severamente á la cantinera, y la cantinera maldiciendo á su marido, de quien decía que era un Juan de las Viñas, un Juan Lanas y otros Juanes igualmente despreciables. Este matrimonio tenía un hijo de la Inclusa.

—¡Hombre! dirá el lector, V. abusa.

Pues, sí, señores, de la Inclusa, y me explicaré. La cantinera, desde que se casó, todo su afán era tener un niño ó dos, y aunque al sargento no le gustaban los niños mucho que se diga, por complacer á su mujer también deseaba tenerlo; pero como no todo lo que se desea se tiene, pasaron cuatro años y no hubo novedad, el niño no se presentaba por más que lo deseaba la madre, que no era madre; y el padre, que no era padre, sufría lo que no es decible con el mal humor de su mujer, y tanto y de tal modo pedía un hijo aquella buena madre, que un día salió el marido y volvió con un niño en los brazos, y se lo entregó á su mujer, diciéndola enterrecido:

—Toma, maldita, ahí tienes un hijo que no es de nadie, puesto que lo he sacado de la Inclusa. Mién-

tras no tengamos hijos nuestros, tengamos ese y haremos una obra de caridad.

La cantinera, que en el fondo era un alma buena, recibió con júbilo al inocente; que es preciso tener muy pervertido el corazón para no recibir con benevolencia á un niño inocente, desgraciado, y apenas venido al mundo abandonado de sus padres.

En otra habitacion vivian tres señoras, pero muy señoras, madre y dos hijas, que habian venido á ménos despues de haber ocupado una gran posicion, y que no habian querido renunciar á la apariencia de aquella posicion, por lo ménos en el traje, pues las tres se presentaban todos los dias en los paseos de Madrid vestidas con el mayor lujo aparente. Las pobres mujeres, por sostener este lujo vergonzante, por poder llevar unos trapos miserables compuestos con arreglo á las prescripciones de la moda, ni comian ni descansaban; toda la noche la pasaban cosiendo para fuera y ganando una miseria, de la que una pequeña parte la empleaban en alimentarse malamente, y la mayor en cintajos, sombrerillos, guantes y otras superfluidades.

Vivia en el cuarto inmediato un cesante, que se dedicaba á escribir comedias, dramas, zarzuelas y otros excesos, con tal afan, digno de mejor suerte, que todo el dia se lo pasaba discurriendo horribles planes y recitando en voz alta las escenas más notables que escribia, con lo cual daba mucho que reir á la vecindad, que se asomaba á todas las puertas cuando le oia declamar, y apenas concluia le saludaba con

una salva de silbidos y carcajadas; y entónces el hombre se echaba al patio con los papeles en la mano y la pluma en la oreja, y procuraba convencer al ilustrado concurso del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, concluyendo siempre su peroracion con este apóstrofe:

—Pero ¡á qué me canso en hablar de lo que Vds. no entienden? No se hizo la miel para la boca del asno.

En otro cuarto vivia un tenor serio sin voz, que cantaba de bajo en el *café de Euterpe*, en la Ribera de Curtidores, y en el verano solia salir contratado de corista en alguna compañía de zarzuela destinada á recorrer los teatros de Guadalajara, Jadraque, Paracuellos, y otros no ménos importantes, donde recogia gran cosecha de aplausos, porque, aunque él como corista cantaba siempre en union de sus compañeros del distinguido cuerpo, hallaba medio de sobresalir y llamar la atencion, ya soltando un gallito en medio del canto más lúgubre y aterrador, ó saludando al público con cierta coquetería, ó accionando de una manera inusitada para dar más energía y expresion al canto.

Este hombre, que sólo de noche tenia que hacer, estaba todo el dia en casa, cantando de una manera muy lúgubre, parecida á la que tienen de aullar los perros que huelen carne muerta, segun la opinion del vulgo, la siguiente estrofa:

Montañeses, la noche sombría
nos infunde misterio y valor;
por las libres montañas de Hungría
den las trompas su bélico son.

El tenor tenia de huésped un músico que, en su tiempo de gloria, habia sido un gran profesor, y habia quedado reducido, de desgracia en desgracia, á la modesta posicion de redoblante de una murga.

Este músico no conocia más que un libro, que era, por decirlo así, su libro de texto, el calendario, que siempre llevaba consigo, para saber todos los dias el santo, y poder dirigir con acierto sus operaciones, porque ademas de redoblante, era director de la murga, como profesor más antiguo, y conocedor más práctico del vecindario de Madrid.

El tenor y el redoblante solian tener sus más y sus ménos, porque ambos solian volver por la noche acompañados de su correspondiente turca, y mientras el tenor tenia el vino más triste del mundo, el redoblante lo tenia alegre en demasía, y sucedia que á tiempo que el tenor lloraba las miserias de este mundo, y con lágrimas como puños lamentaba sus extravíos, el redoblante cantaba que se las pelaba, y se reia y alborotaba de tal modo, que no dejaba sosegar á la vecindad, é interrumpia las graves meditaciones de su compañero de habitacion, y el altercado entre ambos duraba hasta que se dormian, único tiempo en que estaban de acuerdo, roncando ambos con la más estrepitosa y descomunal armonía.

En otra habitacion vivian dos seres que aquella abigarrada vecindad veia siempre con respeto y trataba con cierta consideracion.

Eran un padre y una hija.

El padre era anciano y paralítico.

La hija bella y jóven.

Aquel era un hombre de un carácter atrabiliario, que trataba con dura injusticia á todo el mundo, y principalmente á su hija.

Esta era un ángel de Dios, humilde, cariñosa, sufrida, laboriosa é idólatra de su padre, á quien cuidaba como á un niño, haciendo como que no oía las horribles imprecaciones, las continuas maldiciones de aquel hombre, tan mal avenido con la desgracia, y que con tan poca paciencia sufría la horrible enfermedad que le tenía postrado en aquella butaca, comprada para él por su hija á costa de muchas noches de vela y de mucho trabajo.

Aquella santa mujer era, no hija, sino esclava de su padre; ella le vestía, le desnudaba, le hacía la comida y le daba de comer los más delicados manjares, que el paralítico egoísta devoraba, mientras ella se alimentaba solamente con un pedazo de pan, con unas patatas, cuando tenía tiempo de guisarlas, que no lo tenía siempre, porque además del cuidado de su padre había de trabajar para que nada le faltase, y robaba al sueño las horas para cumplir tan sagrada obligación.

Margarita, que así se llamaba, trataba con suma bondad á sus vecinos, siempre estaba dispuesta á favorecerlos, intervenía en las contiendas que á cada paso ocurrían entre ellos, conciliando siempre y evitando tristes consecuencias, y muchas veces pasó el día sin comer un bocado, por dar su pan á algun vecino que de él tenía necesidad.

Alma grande y generosa, siempre dispuesta al sacrificio, en su pobreza hallaba modo de hacer más bien que los poderosos y favorecidos por la fortuna.

Otra de las habitaciones la ocupaba una mujer sola y vieja, que tenia un palmito tan desagradable, que siempre que el gato del sargento la veia entrar ó salir, se le ponian los pelos de punta y daba unos resoplidos capaces de apagar un candil.

Esta mujer infundia respeto á todos los vecinos, porque como iba tan pobremente vestida y luego apenas hablaba con nadie, todos se figuraban que era una Celestina de esas que se ocupan en pervertir á las niñas inocentes.

Ademas, un dia que salió muy precipitadamente de su cuarto, se dejó la puerta abierta, y aprovechando el descuido entró el sargento, incitado por su mujer, que era muy curiosa en el mal sentido de la palabra, y se hizo un calvario de cruces al encontrar un reloj de oro sobre la mesa, un collar de diamantes encima de una silla, y una coleccion de trajes y otras cosas de más ó ménos valor, desparramadas por la habitacion. En seguida tuvo conocimiento del hallazgo toda la vecindad, porque la cantinera no pudo contenerse y lo fué contando á los demas inquilinos, suponiendo con la más sana intencion, que aquella mujer misteriosa era una grandisima ladrona ó encubridora de ladrones.

Con tales acontecimientos creció el asombro con que era mirada por los vecinos aquella mujer, y tomó mayores proporciones el dia en que se presentó en la

casa un lacayo preciosamente vestido, preguntando por la tía Blasa, que este era el nombre de la individuo.

A las visitas del lacayo se unió la de una señora vestida de luto, y la de un jóven sin pelo de barba.

¡Cuántos comentarios se hicieron en la vecindad! Quién la suponía envenenadora de oficio: quién una señora que guardaba el incógnito por acontecimientos políticos.

La casa tenía también piso principal, y en este piso la vecindad era mucho más distinguida: subíase á los cuartos principales por una escalera, y ya calculará el lector que no se había de subir por una marmosa, y al subir por la escalera principal, como que no había otra, era muy fácil caerse muerto de repente; de tal fuerza era el grato perfume que la embalsamaba, perfume procedente de dos gabinetes, cuyo nombre es excusado indicar, y que uno se hallaba junto al primer escalon de la escalera y el otro junto al último, de modo que el desdichado mortal que ponía el pié en el segundo escalon se hallaba entre dos fuegos, y si subía corría riesgo de caer hácia atrás, y si bajaba se veía expuesto á caer hácia adelante cadáver y en estado de putrefacción.

No había este solo peligro de muerte en aquella escalera; había el de romperse el bautismo al poner el pié en los escalones, porque los había que se estaban cayendo desde tiempo de la invasión francesa, y los más firmes tenían cada agujero y cada clavo saliente, que lo más fácil era tropezar y caer y desnucarse.

Así no era de extrañar que todos los chicos de la vecindad tuvieran siempre señales en la cara y en todo el cuerpo, á consecuencia de los innumerables porrazos que daban todos los dias al bajar ó subir aquella endemoniada escalera, porrazos que les valian tremendos azotes que las respectivas madres solian aplicarles en público, en medio del patio, sin duda para que se fueran acostumbando á presentarse delante de gentes.

Todos los dias habia escenas de este género cómico. Se oian desaforados gritos de un chiquillo, y ya sabia toda la vecindad que la criatura habia rodado la escalera, haciéndose un chichon del tamaño de una nuez, y en seguida se veia salir de una de las habitaciones á una mujer desgredñada por lo regular, ó mejor dicho, por lo irregular, que corria á donde yacia la criatura, y la levantaba, y la zarandeaba y concluia por aplicarle media docena de azotes.

Y con esta correccion, el chiquillo se estaba en un ricon sentado, berreando tres horas y metiéndose los dedos en la boca y en las narices, hasta que asomaba otro chiquillo, caia tambien por la escalera y sufría igualmente sus azotes correspondientes, que consolaban al primero tanto cuanto dolian al segundo.

He dicho que la vecindad en el piso principal era más distinguida, y en efecto, vivian allí varios personajes que merecen especial mencion.

D. Ramon era el inquilino más distinguido de aquella casa, el más popular y más favorecido por la suerte. Aquel hombre llegó un dia á la casa y se dió á

conocer á sus convecinos como un bienhechor de la humanidad, ofreciendo á todos los que le necesitasen el que es, por desgracia, muchas veces remedio supremo en los males de esta vida: el dinero. La industria de D. Ramon era sumamente sencilla; daba diez y nueve reales por la mañana y los volvía á tomar por la noche con un real más por premio; y si el napoleon prestado se devolvía á los dos dias habia que dar dos reales más, y así sucesivamente, de manera que figúrense Vds. lo que hubiera tenido que devolver el que tomase un napoleon de D. Ramon por un año.

No hacia operaciones á largo plazo, en interes por supuesto de sus clientes, á quienes no queria poner en el conflicto de no poder pagar una cantidad crecida, y casi todos los préstamos los hacia por un dia, ó cuando más por una semana.

Sus clientes pertenecian todos á la honrada clase de vendedores ambulantes, y todas las mañanas acudian á su cuarto verduleras, naranjeras, escaroleros, fruteros, etc., etc., á recibir un napoleon ó dos para comprar en el mercado, y por la noche volvian á pagar el capital y los intereses.

Alguno caia en la cuenta de que aquella industria era un comercio muy parecido al robo, y le solia llamar ladron con todas sus letras; pero D. Ramon tenia alma grande y ni se picaba ni se corria, porque, como él decia, si se pensara en la ingratitud, no se haria un favor á nadie en el mundo.

D. Ramon vivia junto al cuarto de cierta vecina,

que era una mujer tenida en olor de santidad; tales eran su religiosidad y aficion á las cosas de nuestra santa madre la Iglesia. Habia sido ama de un teniente cura, y muerto éste se habia retirado al cuartito de la calle del Tribulete, donde vivia tan sobria y modestamente, que jamas se le vió traer provisiones de boca, y su modesto ajuar consistia en una cómoda vieja, una cornucopia viejísima, cuatro sillas y el sillón que habia sido del teniente cura, que la hacia llorar todos los dias, no el teniente, sino el sillón, porque la recordaba al buen cristiano que fué su amo, al que habia conservado afecto singular, como que dentro de aquel sillón habia hallado la buena mujer unas cincuenta onzas muy bien colocadas, propias del difunto, cuyas onzas, despues de permanecer algun tiempo en el cinturon con que la devota sujetaba á su talle el vestido de hábito que usaba, habian pasado á poder de D. Ramon, en calidad de depósito y para que las hiciera productivas, porque el dinero parado no sirve de nada, y era una lástima, cuando con él se podia *hacer bien* á los pobres, tenerlo muerto de risa en el escondite.

D. Ramon y su vecina se avenian muy bien, y si no vivian en un mismo cuarto, no era por otra cosa sino por evitar murmuraciones de lenguas maldicientes, y porque la devota tambien se conservaba fresca y lozana, á pesar de sus cincuenta años.

Doña María, que así se llamaba, tenia las mejores relaciones, y era muy estimada en todos los conventos de Madrid, y todos los dias los visitaba, encargán-

dose de las compras que le encomendaban las monjitas; y sirviéndolas en cuanto le querian mandar.

Sus intenciones habia tenido ella de meterse monja, pero D. Ramon se lo habia quitado de la cabeza, haciéndola comprender que una mujer debe probar su virtud fuera del claustro, porque así la prueba es más difícil, y por lo tanto la virtud más meritoria.

Ademas, teniendo cincuenta onzas de capital, podia aspirar á hacer de cada onza mil duros, y en teniendo reunida una buena cantidad, ¿quién le quitaba la gloria de fundar ella misma un convento y hacerse abadesa y priora y todo lo que quisiera?

Y todo el afan de doña María era reunir dinero para hacer un convento y ponerse á la cabeza de una comunidad.

Otro de los vecinos del piso principal era un hombre misterioso, que tenia alquilada aquella habitacion, y pasaba, sin embargo, la mayor parte de las noches fuera de ella, y daba lugar á sospechas, muy justificadas por cierto. Quien le veia entrar por la noche con la cara limpia y recién afeitada, le veia salir por la mañana con unas barbas como las de San Anton, y cuando volvia otra vez ya traia la barba rubia y rizada como la de un inglés, y á las dos horas se le veia con unas patillas de chuleta negras y hermosas como las de un picador de toros. Unas veces se vestia elegantemente y otras parecia un cesante de lo más averiado de tan respetable clase; no era extraño verle salir con capa en el rigor del ve-

rano y en mangas de camisa y gorra en el rigor del invierno.

Todas estas rarezas llamaron la atención de la vecindad, y se hicieron mil comentarios acerca de la vida y los nombres de aquel hombre, conviniendo todos los vecinos en que debía ser pájaro de cuenta, y no faltó alguno que indicó la idea de poner en autos á la autoridad; pero la mayoría de los vecinos tenía una decidida aversión á la autoridad, y no quería verla en aquella especie de república federal, que odiaba todas las tiranías y para la que toda autoridad tenía cara del mismísimo demonio.

El misterioso personaje supo que se hablaba de él, que se comentaban sus entradas y salidas, y que se le consideraba un hombre peligroso, y una mañana reunió á todo el vecindario que quiso oír sus explicaciones, y le habló de esta manera:

—Me han dicho que aquí se habla de mí, y que dicen Vds. que si soy esto ó lo otro, y si entro y salgo, y si voy ó vengo, y me visto así ó asado.

Todos guardaron silencio.

—¿Es verdad todo eso?

—Lo que es yo...

—Yo le diré á V...

—Por mí...

—¿Y á mí qué?...

—Como gasta V. tanta *fantasía*.

—Yo no he abierto mi pico.

Estas y otras contestaciones tan categóricas recibió el hombre misterioso, que continuó:

—Pues bien, voy á decir á Vds. quién soy yo.

—A ver, á ver.

—Yo soy quien puedo y quien me da la gana; salgo cuando se me antoja y vengo cuando me parece conveniente; me visto como quiero, y vivo de lo que como y como lo que me gusta. Conque ya saben ustedes quié soy yo.

Todos se miraron y quedaron convencidos.

—Y sólo una cosa tengo que advertir á Vds.: que al primero que yo sepa que habla de mí le pego un tiro.

Y sacó un revólver atroz.

—Y otra cosa; que Vds. no saben nada de mí, pero yo sé la vida y milagros de muchos de los que me oyen, y los puedo meter en la cárcel cuando se me antoje. Conque ¡mucho ojo!

El ilustrado concurso quedó plenamente convencido de que aquel personaje era un caballero, y cada cual se metió en su cuarto, resuelto á no volver á ocuparse en averiguar vidas ajenas, sobre todo de personas capaces de pegar un tiro al lucero del alba, como parecía serlo aquel señor.

A esta casa condujo el desconocido al hijo del sacristan.

En el fondo del patio habia una puerta cerrada, á la que se dirigió el acompañante del hijo del sacristan, y éste por consiguiente, puesto que aquel le llevaba fuertemente asido del brazo; el cambiante dió un silbido y se abrió la puerta, y entró con su compañero forzoso.

Habia una concurrencia muy lucida, compuesta de seis ó siete caballeros con unas caras que daba miedo verlas.

—Estoy perdido, se dijo el jóven en quanto se vió en aquella estancia, alumbrada por un velon, porque, cerrada la puerta y la ventana, no habia otra luz.

—Aquí está este *endeviduo*, dijo el que entraba.

—Vamos, pase V. y no tenga miedo.

—Caí en la ratonera, se dijo el hijo del sacristan.

Y empezó el siguiente diálogo:

—Vamos á ver, tú eres el que ha dado el soplo.

—¿Qué soplo?...

—No te hagas de nuevas.

—Canta, que te tendrá cuenta.

—Yo no entiendo de qué hablan Vds.

—Tú has ido esta mañana á la calle de Atocha á casa de cierto conde...

—He ido á donde he querido.

—Bueno, bueno, no irás ahora donde quieras.

—¿Por qué?...

—¿Por qué?... dijo uno de aquellos bandidos levantándose y acercándose al jóven, —porque á dónde vas á ir es al otro mundo.

Y sacando una navaja enorme, amagó al pecho del jóven, y le hubiera herido á no detenerle otro de sus compañeros.

—Déjale tú; tiempo hay de matarle fuera de aquí... ántes tiene que decir cómo ha sabido que hoy se iba á dar el golpe en casa del conde.

—Yo no he ido á averiguarlo.

—¿Quién demonios eres tú, muchacho?

—¡Yo!... ya lo ven Vds., un paleta...

—No he visto yo muchos paletos como tú.

—¿De dónde eres?

—Aragonés.

—Basta de parola. Lo que es preciso que digas por dónde has sabido que hoy se iba á hacer un robo en casa del conde, porque tú lo sabias...

—¿Quién te lo ha contado?

—Dos de Vds., probablemente.

—¿Cómo?... Dí quiénes son, dijo uno de los ladrones, y los ahogo.

—No sé quiénes. Al señor, y señaló á su acompañante, le he visto esta mañana, luego he visto á otros dos de Vds., que me parece que se llaman el Lobo y el Zorro.

—Eso ya lo sabemos, dijo el Zorro.

—A los demas no los he visto en mi vida.

—¿Y somos nosotros los que te hemos contado el robo?

—No sé.

—Habla claro, ó por Dios vivo que te corto la cara y te señalo para miétras vivas.

—Pues, señor, dijo el jóven decidiéndose á ser franco, ancche la pasé en una casa para dormir, y allí oi á dos hombres que hablaban del robo que debian hacer hoy.

—¡Ah! nosotros éramos, dijo el Lobo.

—¿Y has ido á contarlos?...

—Vas á morir.

—En el mismo instante se oyó un golpe en la puerta.

—Uno de los ladrones se acercó á mirar por una rendija de la ventana.

—¡Estamos perdidos! exclamó.

—Este infame ha sido, dijo uno señalando al hijo del sacristan.

—¡Matarle!

Y el jóven sintió un golpe en el hombro y un dolor muy fuerte, y cayó sin sentido.

Algunos minutos despues se abria la puerta de la habitacion, forzada por los guardias civiles, y entraban éstos y un inspector de policia.

El jóven herido estaba en el suelo, sin conocimiento todavía.

Los ladrones habian desaparecido.

¿Por dónde? preguntará el lector.

XV

Explicaciones poco luminosas.

Al llegar aquí me permitirá el lector un capítulo de descanso. Los novelistas más maestros en el oficio suelen tomarse con el lector todo género de libertades, y no es la ménos frecuente esta de cortar á lo mejor el hilo de la narracion, y entretenerse en hablar con el lector, aunque el lector no tenga maldita la gana de conversacion.

Yo, siguiendo el ejemplo de los maestros de hacer novelas, debo tambien suspender aquí la narracion de las descomunales aventuras del hijo del sacristan, y preguntar á los lectores:

—¿Les gusta á Vds. la novela?

Ya oigo decir á algunos, quizá á la mayor parte (ya ven Vds. si soy modesto):

—No, señor, no nos gusta, y podíax V. terminarla ya, y hacer que al hijo del sacristan se le llevaran los demonios.

Pero no quiero hablar con aquellos lectores á quienes no gusta la novela, sino con aquellos, dignos de todo mi agradecimiento, á quienes hayan logrado entretener, ya que no interesar, las aventuras que voy refiriendo.

Entre estos lectores los habrá que estén impacientes por saber por dónde se fueron, los ladrones en el capítulo anterior, á dónde fué conducido el herido, quién era la hermosa dama de la calle de Atocha, de la cual se enamoró el jóven de mi cuento, y qué fué de la nieta de la tia Torda, y por qué le hizo á ésta tal efecto la presencia de aquel hombre, que no encontró medio mejor de manifestar su asombro que el triste recurso de morirse de repente, y otra porcion de cosas de que se ha hablado en el curso de esta novela, sin que el lector pueda adivinar por qué, ni yo tampoco me haya dado mucha prisa á explicárselas.

Confieso, en efecto, que es rara y anómala la marcha que lleva esta novela, que acaso ha comenzado por el fin, y de que por el fin ha empezado se convencerán Vds. á la conclusion de la misma; pero hay que tener en cuenta que escribo en España, y que siendo en España todo anómalo y desconcertado, no hago más que seguir los usos del país.

—¿Por dónde se fueron los ladrones? pregunta el lector.

No habiendo en la habitación más que una puerta y una reja, y hallándose delante de la primera los guardias civiles, es seguro que los ladrones no pudieron salir, y no debían haber salido, á pasar las cosas naturalmente, pero en una novela es preciso que pasen cosas que no puedan pasar de ninguna manera, y sólo por esta razón se fueron los ladrones sin ser vistos, y cuando entraron los guardias y el apreciable inspector del distrito, hallaron solamente al jóven, desmayado á consecuencia del alfilerazo que le clavó uno de aquellos.

—Bueno, ¿y qué hicieron con él?

—Lo llevaron al hospital, despues de convencerse de que en aquella habitación no habia puerta, escondite ni persona alguna.

—Pero, ¿por dónde se fueron los ladrones?

—Los ladrones, señor lector, no se fueron.

—Hombre, V. abusa.

—No, señor.

—Pues si no se fueron, ¿dónde estaban?...

—Yo les diré á Vds.; las cuatro paredes de la habitación tenían una especie de cornisa ó zócalo—no soy fuerte en arquitectura—saliente como dos dedos, y hasta una altura como de una vara; este zócalo, blanco lo mismo que la pared, estaba dividido por unas cuantas rayas negras, para mayor ornato del aposento, y en una de estas rayas, mirando atentamente; se veia una hende-

dura; por esta hendedura se fueron los ladrones.

—Pero, hombre, ¿nos va V. á hacer creer que los ladrones eran lagartijas, que se metian por una rendija?

—Un poquito de calma, amigo lector.

—Pero, hombre, acabe V. de decir cómo se fueron los ladrones, y no sea V. pesado.

—Aquella hendedura era ni más ni ménos que una trampilla que daba paso á otra habitacion, y estaba con tal disimulo hecho el burladero, que nadie hubiese creído que tal puerta de escape existia.

Los ladrones suelen tener bastante ingenio, y si lo emplearan en el bien, serian unas apreciabilísimas personas; verdad es que para el bien no tiene ingenio quien lo emplea en el mal. Aquel escondite daba un chasco al más digno y experimentado polizonte, que de estos los hay astutos y ladinos en tan alto grado, que no se les escapa nada y parece que tienen el don de la segunda vista para ver aquello que no ve nadie, y al hablar así de la policía no hablo de la de España, sino de la de Francia é Inglaterra, donde no es nunca individuo de la policía ningun tonto ni ningun pillo, que si á hablar fuera de la de España, en todas las épocas, tendria que decir de los polizontes cosas bien poco favorables á una institucion que debe ser útil y benefícosa, y en España ha sido siempre perjudicial y casi siempre inútil.

Y volviendo á los ladrones, me parece que la explicacion que he dado de la huida de aquellos *caballeros* habrá satisfecho cumplidamente al lector, y si no

le hubiese satisfecho, lo sentiria infinitamente, pero no he podido encontrar recurso más verisímil. La habitacion á la que daba paso aquella trampa pertenecia á otra casa, que tenian alquilada tambien los ladrones, y que ofrecia salida á otra calle; de manera que era difícil que la policía diese con ellos, á no ser que los acometiera por ambas casas á la vez, y ni aún así, porque, previsto este caso, seguramente tendrian otro recurso para escapar.

—Méenos prosa, señor autor, oigo decir al lector, y siga V. sus explicaciones, que me van pareciendo ya tan inútiles como dice V. que es la policía.

—Puede que tenga V. razon, respetable lector, pero hemos convenido hacer en este capítulo un paréntesis...

—Oiga V., señor autor, yo no he convenido nada con V....

—Bien, hombre, bien; es una libertad que yo me tomo, cosa muy natural en estos tiempos en que la libertad anda de balde, y bien puede V., señor lector, agradecerme que me tome solamente esa libertad, cuando todo el mundo se toma todas las que le convienen, aunque no convengan á los demas.

—Bueno, bueno; siga V., y no haya digresiones.

—Dispense V., y vamos al asunto.

Dirá el lector:

—¿Quién era aquella dama cuya belleza causó tan profunda impresion en el hijo del sacristan, y cuya voz no le era desconocida?

Pero no, el lector no hará esta pregunta, porque